

A veces, no leer un mensaje a tiempo puede ser un error, pero también muy placentero y quizás te cambie la vida

UNA  
DECISIÓN  
DE  
RIESGO

RICARDO HANSEN

RICARDO HANSEN

UNA DECISIÓN DE RIESGO

Hansen, Ricardo

Una decisión de Riesgo-cuento erótico / Ricardo Hansen; editado por Ricardo Hansen. - 1a ed. - Ingeniero Maschwitz: Ricardo Hansen, 2017.

Derechos exclusivos reservados para todos los territorios.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del autor.

A todos los lectores que leyeron mis primeras publicaciones, Los Gemelos del Rey y El Khilab, y que me dieron la oportunidad de compartir con ellos mi pasión por la escritura .

Subrepticamente, él apoya su mano sobre la rodilla de Lucía mientras aguarda a que el semáforo les habilite el paso. Gastón conduce de regreso a casa. Ella lo miró sonriente esperando algún gesto, un guiño cómplice o algo que alimente sus esperanzas de que la noche concluya en un encuentro más íntimo del que acaban de tener, pero fue en vano. Solo es un galanteo doméstico que no esconde otra intención que eso. Desde mucho tiempo atrás las salidas a cenar son con amigos, incluidas aquellas en que la ocasión amerite estar a solas, como lo fue esta.

Gastón le acaba de proponer matrimonio luego de casi diez años de convivencia y, como no podía ser de otra manera, lo hizo frente a todas sus amistades. Él cree que haciéndolo así le da mayor entidad a las cosas. Pero olvidó que en los planes de Lucía tal vez nunca existió la necesidad de ser desposada y que, quizás, ella desea seguir en una relación sin papeles que la aten a compromisos innecesarios y obsoletos, de acuerdo a sus creencias. O que, en su defecto, si hubiere de hacerle tal proposición, al menos, lo haga en un ámbito más privado donde la respuesta pueda ser un no, y que por ello no se desate la tercera guerra mundial. Pero ella está muy acostumbrada a responder de distintas maneras sin comprometerse ni avenirse a una obligación irrenunciable y como toda contestación lo abrazó sin decir palabra, cuidando de no besarlo en la boca para que no haya malas interpretaciones.

Luego llegaron los saludos de cortesía y los deseos de felicidad y todas esas frases hechas que habitualmente se dicen en estas ocasiones... *bienvenidos al equipo de los casados...uy, no saben en lo que se meten, chicos!...Gastón, ahora vas a ver lo que es bueno, ja, ja, ja!...* y los festejos continuaron hasta que el cansancio los fue diezmando y de a poco se fueron despidiendo no sin antes comprometerlos para una despedida de solteros, a las que ambos se negaron; llevan mucho tiempo viviendo bajo el mismo techo y los dos consideran que sería una utopía hacer una celebración por este motivo, después de tanto tiempo de haber dejado de ser célibes. No obstante, conocen a sus amistades y saben que jamás aceptarán un no como respuesta.

Es tarde ya; la ciudad duerme y está fluido el escaso tránsito que hay. Poco tardan en llegar a su hogar. El portón automático se abre lento y cuando ya se han puesto a resguardo de los peligros de las calles, Lucía desciende del vehículo, descarga sus bártulos y llama al ascensor mientras que Gastón lleva el automóvil hasta la cochera del edificio.

Suben en silencio y casi sin mirarse, como si los temas interesantes de conversación que alegraban sus vidas quedaron en el olvido y lo que hace minutos ocurrió, fuese intrascendente para ambos. Hasta que por fin...

— ¿Estás enojada por algo?— pregunta él

—No, enojada no, pero me hubiera gustado que me pidieras matrimonio en privado y no delante de todos nuestros amigos. Eso lo convirtió en una pregunta retórica y a decir verdad si hubiera respondido que no, seguro que mis explicaciones iban a ser tergiversadas o mal interpretadas.

— ¿Debo entender que no quieres casarte conmigo, entonces?

—No dije eso! solo que me gusta poder decidir sobre los temas importantes sin presiones de terceros! Claro que quiero casarme con vos, pero la próxima vez que vayas a proponerme algo tan relevante, hazlo en privado y después, si queremos, lo compartimos con los demás.

—Tienes razón, perdóname!

A pesar del calor que hace, Lucía se viste con un camisón corto y Gastón un pijama de tela liviana y a rayas. Atrás quedaron las noches en que dormían desnudos por si los urgía el deseo. Y mientras se acuestan, Gastón pregunta...

— Y a propósito, ¿qué te parece eso de la despedida de solteros?

—Nooo! ¿Qué les pasa? Ya no tenemos veinte años para esas cosas. A lo sumo una cena de amigos en casa pero nada de fiestas de adolescentes, por favor!

—A mi no me parece tan mala idea!

—Bueno, entonces que te la hagan a vos pero a mí que no me incluyan! Ya bastante me embadurnaron con huevo y harina cuando me gradué en la Universidad!

—Vamos, Lucía, quizás tus amigas te lleven a uno de esos lugares donde hay strippers y se divierten un rato!—Acota riendo con ganas

—Y ¿quién te dijo que a mí me gustan los Strippers?

— ¿Qué, me vas a decir que no te hacés la película con tipos como esos? ¿O acaso no te reías cuando Susana te dijo que te iba a organizar una fiesta

privada con dos amigos? Te vi y se te hacía agua la boca, nena!

—Ah bueno, una fiestita privada es otra cosa! ¿Te gustaría verme con dos tipos en la cama?

—Y, estaría bueno, ¿no?

—Pero qué decís, animal! Te estoy haciendo una broma!

—Ya lo sé, pero me calienta la idea, como fantasía claro está!

—Ah Bueno, ¿mirá de lo que me acabo de enterar? Y ¿qué es lo que te gustaría que me hagan, eh? ¿Que me toquen toda desnudita? ¿Que besen todo mi cuerpo? ¿Y que me obliguen a hacer cositas puercas? ¿Y también que sean dos negros y con toda la fama que tienen ellos? ¿Eh? — Pregunta divertida mientras lo acaricia en sus partes íntimas y al ver la reacción de su miembro viril, exclama...

—Epa! Cómo está el amigo!! ¿Qué pasó que está tan entusiasmado?

—Te dije que me calienta imaginarte gozando y más me erotiza que vos te estimules con esa idea! Ya te confesé lo que me pasa a mí,...y a vos, ¿qué te gustaría que te hagan?— Y sonrío con mirada libidinosa mientras comienza a acariciarle los senos y besa con delicadeza su cuello, su boca, su abdomen y continúa hasta centrar su acción entre sus piernas. Lucía, comprendió que el juego erótico de palabras había comenzado a dar sus frutos y si nada los interrumpía iba a tener buen sexo después de algún tiempo de hacerlo solo de manera mecánica y con el único objetivo de conseguir un orgasmo periódico como mandan las costumbres. Y entonces, remata entre suspiros y la respiración entrecortada...

—Me gustaría que me hagan todo lo que quieran...que me desnuden... que me besen...que me acaricien toda...que me obliguen a tocarlos, a besarlos...en todas partes...todas sus partes...en sus penes grandes, erectos y húmedos y que me penetren en todas las posiciones imaginables y que me hagan sentir como nunca antes y que me lleven al límite del placer y...y... y...hacéme el amoor que no aguanto más!!

Y el milagro se produce. Gastón la toma por detrás y la penetra con tanta pasión que Lucía se quejó eróticamente con un gemido agónico con tanta intensidad que se escuchó hasta en los departamentos vecinos. Y los embates peneanos se continuaron con una fogosidad ya olvidada por ella, y tanto que la sorprendió un orgasmo tan intenso como deslumbrante. Se detienen jadeando y con las pulsaciones a un nivel tan elevado que les cuesta emitir palabra alguna. Gastón cae pesadamente sobre ella y con su peso comprime

el pecho de Lucía. Ella, a duras penas logra quitarlo de encima suyo y cuando recupera algo de su resuello le dice amorosamente...

—Uau!! Si esto sucede solo con fantasearlo, no quiero ni pensar lo que sucedería si fuera una realidad!!

Él la mira con una sonrisa disminuida por el cansancio y...

—Ni lo sueñes!!

—Ay qué pena, y yo que creí que se me iba a dar!— dijo riendo antes de entregarse a los brazos de Morfeo.

La mañana siguiente los encuentra aún desnudos, pero lo que antaño hubiera sido un preámbulo para un nuevo encuentro sexual, ahora solo fue un paso menos que dar antes de abrir los grifos del agua caliente para higienizarse.

Desayunan presurosos y casi sin hablar porque ambos revisan sus agendas para organizar el ajetreado día que los aguarda. Ella concluye primero y observa la hora con angustia...

—Uy, qué tarde se me hizo, me voy ya! Adiós mi amor!—Exclama ella y toma su guardapolvo blanco con una mano mientras con la otra se cuelga su cartera desde un hombro, lo besa en la mejilla y corre a llamar el ascensor. Gastón levanta su mano a modo de saludo pero sin despegar la vista de su teléfono celular mientras chequea los mensajes recibidos. Más tarde saldrá. Es abogado y lo espera una ardua jornada en los tribunales de la ciudad.

A media tarde deja el palacio de justicia y toma el tren para llegar hasta su oficina. El bufete donde ejerce está integrado por siete profesionales; cinco de ellos son abogados y los otros dos son notarios. Todos mantienen una relación de amistad más allá del trabajo porque juntos cursaron la mayor parte de sus carreras universitarias y aunque sus comienzos fueron por otros caminos, la divina providencia los unió en un mismo vagón que rueda por las vías de la ley.

A poco de llegar, lo reciben con un cerrado aplauso y cuyo motivo confundió con su propuesta de matrimonio. Pero unos minutos después supo que había sido galardonado por el colegio de abogados de la comunidad de Madrid por sus trabajos en derecho internacional.

Meses atrás, un fallo que lo favoreció permitió que se sancionaran dos leyes de suma importancia para los derechos del niño y la mujer en España. Su gran amigo, el Dr. Carlos Ramírez, españolísimo él, es el encargado de darle las buenas nuevas y se acerca a él sonriente y con su mano extendida a

modo de salutación...

—Dr. Juan Gastón Feliciano, como hijo pródigo de la Madre Patria, prepárese para viajar a Madrid que en treinta días tiene una cita con el Rey en el Antiguo Monasterio de la Visitación de las Salesas Reales para recibir el premio por el que, por su gracia y esfuerzo, ha sido honrado este estudio de legistas!— Y lo estrecha en un abrazo.

—Gracias Carlitos, la verdad es que es una sorpresa porque nunca imaginé que un trabajo trascienda tanto que llegue a oídos del Rey de España, porque de eso se trata, verdad? Es el Rey quien nos premia, no?

—Así es!

—Y ¿quién me va a acompañar?

—Contigo somos cuatro y no sé si alguno de los chavales de contaduría, porque las malas lenguas me han contaó que también hay algo más que festejar, ¿no?

—¿No sé a qué te refieres?

— A tu boda, cabrón! Por qué no le dices a Lucía que nos acompañe y de paso les hacemos la despedida de solteros allí, en España como corresponde!

—Sí claro, le digo, pero ya me advirtió que ella solo aceptará una cena en casa como único festejo. No quiere que le arrojen harina y huevos de nuevo.

— Y ¿quién habla de arrojarle harina y huevos? Esas son costumbres obsoletas!! Nosotros ya no estamos para esos trotes! Noo, qué va! A lo sumo los echamos al Río Manzanares que en esta época del año debe estar congelado, ja, ja, ja! Vamos hombre, dile que no sea parca y que venga que de seguro la pasaremos estupendamente! Vamos, manda huevos y a vivir que son dos días!

—Ok, le diré entonces y esperemos que pueda tomarse unos días para acompañarnos!

—Vale!

Mientras tanto, Lucía acaba de atender a su cuarto paciente de la tarde y como la hora de la cena aún está lejana, hace una pausa y se prepara un té y lo acompaña con algunas galletitas de agua para atenuar su apetito y entonces aprovecha esos minutos libres para llamar a Gastón...

—Hola Amor, estaba a punto de llamarte porque tengo novedades muy importantes!— responde él.

—Gastón, ¿sabés que sos de manual? Cada vez que te llamo me respondés casi lo mismo, que me estabas por llamar o que estabas pensando en mí, etc, etc!

—Sííí, tenés razón pero esta vez es verdad! Nos acaban de premiar en España y tenemos que ir a recibir un premio de manos del mismísimo Rey! Asíque preparate que nos vamos de viaje.

—¿Nos vamos? ¿Quiénes?

—Vos, yo y unos cuantos de la oficina, el gallego, Julián, Augusto, Roberto, Letizia, Ana María y José creo que también viene!!

—Y ¿cuándo es eso?

—En Enero, amor!

—En Enero y en Madrid hace un frío tremendo, Gastón! ¿A quién le entregan el premio? ¿A vos solo?

—No, a la oficina! Lo ganamos por un trabajo mío pero el premio es para todos.

—Y ¿quién es el que lo recibe?

—Imagino que el gallego que es el jefe aunque tal vez también yo porque fue mi labor la que permitió ganarlo, pero no lo sé!

—La verdad, Gastón, es que no tengo muchas ganas de ir a morirme de frío por un premio que no te van a entregar solamente a vos. Si fuera así no digo nada y voy contigo, ¿pero si es solo por el bufete....?

—Ok Lucía, lo hablamos en casa esta noche, ¿sí?

—Dale, igual quiero que sepas que me has hecho sentir muy orgullosa!

—Sí, claro! Gracias amor!— y cortó la comunicación abruptamente.

A Lucía no le sorprendió, porque lo hace por reglas generales. Sabe que por su profesión y las innumerables llamadas que recibe a diario lo obligan a administrar bien su tiempo y a veces suele ser algo descortés por ello. Ella ya no se ofende porque luego de tantos años de convivencia se acostumbró a él y a su impetuoso proceder, e inútil sería intentar cambiarlo. Pero el ingreso de Manuel a la cocina la distrajo y pronto se olvidó del tema.

Manuel es conocido entre sus cófrades como el Dr Manolo, un médico excepcional y con una calidad humana difícil de asemejar. Y por su apariencia, porte y estampa de varón hace estragos entre los corazones femeninos de todo el nosocomio.

Cuentan entre pasillos que las mujeres que han tenido un encuentro amoroso con él han quedado con una sonrisa dibujada en sus labios a

perpetuidad. Pero más allá de esas virtudes, Manuel es un compañero de trabajo leal, educado y con gran sentido del humor y aunque Lucía lo aprecia como amigo, no deja de reconocer que su imagen ha aparecido en más de una de sus fantasías.

—Hola Lucía!

—Hola Manuel, ¿cómo estás?

—Fantástico! Che, contáme ¿cómo es eso de la despedida que te hacen?

—No, no hay ninguna despedida! Todos quieren hacerla pero ya les dije que ni loca me agarran para algo así. Si quieren podemos comer en casa alguna cosita rica, pero nada más que eso. Manuel, hace casi diez años que estamos juntos con Gastón... ¿de qué despedida de solteros me hablan?

—No, claro! Te entiendo. Además a mí me aburren porque siempre hay un desubicado que se pasa de largo y cree que la homenajeadada tiene que indefectiblemente convertirse en víctima de sus pelotudeces. Bueno, dale, avísame si comen algo que me prenda. Después me dicen que tengo que llevar, ¿sí?

—Sí, claro!

Y así como llegó también desapareció. Nadie sabe como hace, pero cuando está en el hospital solo trabaja, trabaja y trabaja y no descansa un minuto ni siquiera para probar un bocado. Lucía termina su merienda y lava sus trastos antes de ir nuevamente al encuentro de sus pacientes. El tiempo transcurre aprisa y antes de que caiga en la cuenta, la hora de regresar a casa ha llegado. Apaga su ordenador, guarda su estetoscopio en el maletín médico y cuando se dispone a partir, la interrumpe un llamado a su celular. Es nuevamente Gastón...

—Estoy abajo con el auto... ¿te gustaría ir a cenar afuera?—dice él

—Si es solo para cenar, sí! Pero si es para convencerme de que me muera de frío en Madrid, entonces no pierdas el tiempo, ni tu dinero!— responde terminante, más por cansancio que por enojo, algo que Gastón ya conoce bien.

—Pero qué poca onda amor! ¿Cómo me subestimas de esa manera? ¿Cómo se te ocurre que yo, el Dr. Juan Gastón Feliciano, premiado con honores por su Majestad el Rey de España pueda invitarte a cenar solo para convencerte de que lo acompañes a recibir este premio que lo llena de orgullo y que si no estás allí y con él, se muere de tristeza?. Nooo, jamás haría algo así! Además fuiste muy clara cuando me dijiste que no querías ir, tanto como

aquella vez que te propuse Londres y me dijiste que esa ciudad no te gusta porque siempre llueve...y nunca llovió y tampoco te mojaste, ¿te acordás? Dale, bajá que te espero y te prometo que del tema ni se habla... Y antes de cortar la comunicación ella escucha la última palabra “mucho”. Gastón es por muchos momentos muy infantil pero la hace reír con sus ocurrencias y para ella eso es fundamental. Sabe que cuanto mucho pasarán dos minutos antes de que él saque el tema, aunque como buen abogado que es, lo hará de manera subrepticia. Pero esta vez se equivocó y la cena transcurrió en perfecta armonía y del viaje a España no se mencionó absolutamente nada. Lucía se preguntó entonces que estaba pasando y por qué no insiste. “¿Será que quiere ir solo y por eso no se arriesga a que el tiro le salga por la culata, si me convence?”. Su instinto de mujer está en alerta y comienza a recordar cada palabra que dijo respecto de esta premiación y entonces se le soltó la alarma cuando a su mente vinieron los nombres de quienes los acompañarían: Letizia y Ana María. — “¿Qué tienen que hacer ellas en España si ni siquiera son abogadas?; son apenas unas muestra culos que tienen las frases “Dr. ¿le sirvo café?” metidas entre sus tetas y que por la forma en que las exponen siempre parecen acaloradas”— pensó.

—Sabés Gastón, creo que tal vez soy un poco egoísta con vos y debería acompañarte. Después de todo y aunque no te den el premio exclusivamente, no importa. Todos saben que si no fuera por vos nadie estaría allí, ¿verdad? Y seguramente el Rey hará alguna mención al tema y tendrás el reconocimiento público que te merecés. ¿Cuándo decís que tenemos que salir?

—Y, tenemos que estar allá el 4 de Enero asique seguro vamos un par de días antes!

—Ok, voy a adelantar mis vacaciones, entonces!

—Bien, pero ¿estás absolutamente segura de que querés ir? No quiero reproches después ni quejas por el clima o por los precios o porque no tenés ropa adecuada y todo eso que ya sabés!

— ¿Cuándo te he reprochado algo?— responde Lucía mirándolo fijo a sus ojos con un gesto de asombro por lo que acaba de escuchar, aunque muy dentro suyo ríe a carcajadas.

—Además, parece que ahora te molesta que vaya! ¿No era que ibas a sufrir con mi ausencia y ahora me pides que esté absolutamente segura de que quiero ir y no sé cuantas cosas más? O tenías otros planes, ¿Eh?

—Vamos mujer, déjate de tonterías! Lo único que quiero es pasarla bien

en este viaje y sin críticas ni condenas ni regaños de ninguna índole; eso es lo que quiero!

—Ok, así será! Bueno, mejor vayamos a casa que es tarde y mañana es día de trabajo.

—Sí claro.

Lucía está sorprendida porque aún retumban en su cabeza las campanadas de escepticismo y no logra discernir porqué. Si él tuviese algo que ocultarle seguro hubiera encontrado argumentos valederos para convencerla de no ir y sin embargo actuó de manera muy normal y hasta sospechosamente elocuente. Y más aún cuando a la mañana siguiente y antes de partir él le recordó especialmente que no olvide reservar su turno de vacaciones.

Pensó en cuál será la estrategia cuando para su conveniencia, si al menos estuviese pergeñando alguna treta, sería que lo olvide y pasara el tiempo de manera tal que al aproximarse más la fecha de partida ya fuera imposible un cambio en el cronograma de suplencias del hospital. Sospecha que algo trama y debe descubrir qué. Malhumorada salió sin despedirse y para su sorpresa no hubo ninguna reacción adversa en él. Esto no hizo más que alentar su disgusto porque en cualquier otra oportunidad se lo hubiera reprochado y esta vez nada, ni un solo gesto de compunción. Parece que no le importó o lo que es peor ni siquiera se percató de que ella se fuera tan enojada. Lucía no soporta que alguien sea más perspicaz que ella y al no poder dilucidar esta intriga, él le está demostrando serlo. Ya no le caben dudas de que aquí hay gato encerrado y es tanta su desesperación por descubrir qué le oculta Gastón, que ni siquiera contempla la posibilidad de que nada de lo que sospecha sea verdad. Y buscando una respuesta que no aparece, llega al hospital. Es hora de poner su mente al servicio de sus pacientes a los que atiende uno detrás del otro durante toda la mañana y ocupan todo su tiempo. Pero de pronto, se produce una pausa y ve que en la sala de esperas hay nadie para atender. No siente apetito pero sí desea beber un café y va en su busca.

Al ingresar en la kitchenette se encontró con un grupo de colegas, todas mujeres ellas, que debatían por lo que parecía el tema más trascendental de sus vidas. Risas alocadas y hasta algo exageradas evidenciaban su alteración hormonal. Lucía, sin saber de qué hablaban, solo atinó a saludar con un “hola a todas” y se preparó la infusión pero antes de que se retirara, una de ellas se interpuso en su camino y le advirtió...

—No, no, no, no! De aquí no te vas sin antes darnos tu opinión!

—Mi opinión de qué?

— ¿Con quién se lo pasa mejor, con miembro grande o normal? Se descarta el pito chico porque no nos interesa! Ja, ja, ja!

—Y yo ¿qué tengo que ver con eso?

—Nada, pero nos interesa conocer tu experiencia!

—Chicas, déjense de tonterías. No voy a contarles nada de mi vida íntima!

—Bueno, si no querés contarnos nada de tus amantes, no nos cuentes, pero al menos danos tu opinión sobre el tema!

—Me pregunto para qué estudiaron medicina si no aprendieron que el tamaño del pene es solo un mambo que tienen los hombres que creen que si la tienen gigante para nosotras es mucho mejor, ¿o no?

—Ay Lucía, Lucía! ¿Nos acabas de confesar que nunca jugaste en primera? Ja, ja, ja!

—A ver, a ver! No sé lo que es para ustedes jugar en primera, pero para mí no se mide en centímetros de pene. Hay cosas que son mucho más importantes. Pero, además, ¿quién decide que es lo mejor para una? Cuantas de ustedes tienen tanta experiencia como para hablar tan convencidas, ¿eh?—

—Y, fijate quienes tienen la sonrisa grabada como si las hubieran operado y te vas a dar cuenta!— responde Sofía

—No lo sé, chicas, técnicamente no tiene nada que ver el tamaño pero si ustedes opinan que sí, entonces será así, ¿no?

—Sí, lo que vos decís es cierto!— acotó Cristina, que es médica como ella— pero la verdad es que te acostás con un macho de verdad y lo pasás mucho mejor que con un pequeñín! Y si no probá con uno y después me contás! Ja, ja, ja!

—Vamos, no seamos hipócritas!— opina Rocío— Eso de que el tamaño no importa es lo que nosotras les decimos a nuestros hombres para no cohibirlos pero, si la tiene gorda es mucho mejor, ¿o no?

—Bueno supongo que algo de eso hay, pero no me consta; mis experiencias anteriores han sido todos normales!— concluye Lucía— Pero, ¿a qué viene toda esta discusión?

—No sé, estábamos preparándonos un café cuando pasó Manuel y viste lo que dicen...— dijo Cristina...

— ¿Y?

—Dale, no te hagas la distraída que bien que se te van los ojitos cuando te lo cruzás!

—Ja, ja, ja! Sí, es verdad, está bastante fuerte, pero chicas soy una mujer comprometida a un solo hombre asique no me desvíen de mi honroso camino, por favor! Ja, ja!

—Claro, una razón más! Deberías probarlo y después nos cuentas!— dice riendo con ganas Mariana que apura su salida por si el supervisor las sorprende conversando; todas quieren evitar los llamados de atención. Lucía queda bebiendo el último sorbo de café que queda en su pocillo y cuando concluye se encamina hacia internación pero no logra quitar de su mente el último comentario que hicieron y la sorprende un insignificante cosquilleo genital de solo imaginarse en una situación semejante. Pero rápidamente se arrepintió de sus pensamientos pecaminosos y se concentró en sus pacientes.

—Doctora ¿escuchó lo que le pregunté?— dijo la mujer que estaba atendiendo, y allí comprendió que su mente se había dispersado una vez más y por el mismo motivo. ¿Por qué no está feliz como tantas otras a las que le han propuesto matrimonio? ¿Tan poca importancia tiene para ella, que un simple comentario sobre otro hombre puede distraerla así? Y se hace una y otra vez la misma pregunta sin obtener una respuesta coherente.

—Sí, perdón! Oí algo en su pecho y quería estar segura de que no debíamos preocuparnos. Falsa alarma. Usted está muy bien. Vístase por favor!

Y entonces la asaltó una nueva duda... ¿porqué le había mentido a esa pobre mujer? No es verdad lo que le dijo porque su estetoscopio aún cuelga de su cuello. Dejó el consultorio y pidió un reemplazo por el resto del día. Pensó en regresar a su hogar pero el bullicio de la ciudad la invitó a caminar por sus calles y no le importó que el apuro de la gente tropezara a menudo con ella. Se detuvo en casi todas las vidrieras pero sin mirar nada en especial y más lo advirtió cuando, a ambos lados de ella solo había hombres que se deleitaban con las herramientas expuestas por la ferretería San José. Sintió vergüenza e intentó justificarse con un comentario que esos hombres ni siquiera se enteraron que iba dirigido a ellos — “*será mejor que venga mi esposo a elegir el...*”—y quedó sin palabras porque desconocía los nombres de los artículos en exhibición y además vio que a ninguno le interesaba lo que ella tenía para decir. Supo entonces, que debía llamarse a silencio e irse sin más. Comprendió que tiene que aclarar su mente y ordenar sus pensamientos

y entonces ingresó en una cafetería. Mientras aguarda su pedido chequea los mensajes de su teléfono y encuentra uno de Gastón que no había leído. “*Amor, estoy a dos cuadras del hospital... ¿querés tomar un café conmigo?*” Observó que el mensaje había sido enviado a las 14:38 y preocupada miró la hora...16:50. Es tarde y seguro que va a entender. No obstante decide llamarlo para excusarse, pero ¿qué es lo que le diría? ¿Que no podía atender porque estaba atendiendo? Una nueva mentira no se podría permitir...

—Hola Gastón, recién vi tu mensaje! Perdón pero estoy medio volada. Me hubiera encantado tomar un café con vos!

— Y ¿ahora dónde estás? ¿Podés? Porque todavía estoy aquí cerca y puedo pasar a buscarte.

—No, ahora no puedo!

—“*Pero, ¿qué estoy diciendo?*”, pensó— No, mejor nos vemos esta noche en casa, ¿sí?

—Qué lástima! Bueno hasta luego, entonces!

Lucía supo que algo no está bien en ella porque su vida cambió radicalmente de la noche a la mañana y todo en menos de 24 horas. Antes jamás le había mentido y si alguna vez le había dicho algo equivocado, fue solo por desconocimiento. Presiente que estuvo viviendo una entelequia que hizo eclosión cuando le ofreció formalizar la relación. Hasta ahora no había motivos para analizar sus sentimientos más allá de lo estrictamente necesario. Bebe un sorbo de su café y de pronto escucha que desde atrás le preguntan...

—Lucía, ¿cómo estás?

—Hola Caro, bien...bah, más o menos!

— ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—Nada demasiado importante solo que Gastón me propuso matrimonio y no sé, es como que me complicó la vida! Ya me había acostumbrado a vivir en pareja y de pronto esto...

Carolina es una amiga de la facultad que se especializó en psicoanálisis infantil. A menudo se citan para hablar de algunos temas personales pero esta vez no; el encuentro fue espontáneo, como si el destino quisiera que se encuentren, justo cuando las dudas y sus replanteos de vida más la preocupan.

—Lucía, eso es normal! A cualquiera le pasa! Saber que has de firmar un compromiso así, te obliga formalmente a lo mismo que ahora, pero con la diferencia que ahora hay nada escrito y por esa razón es que nos sentimos

prisioneros de un papel. Pero si lo pensás bien te darás cuenta que nada ha de cambiar... hoy ya tenés un compromiso de mayor valor que es el de tu conciencia y eso no te complica la vida de ninguna manera, ¿verdad?

— Sí Caro, eso es verdad pero desde que me lo propuso tengo pensamientos que antes no; desconfío de su honestidad y tal vez sin motivos... desconfío de mí propia honestidad y tampoco he hecho nada malo. Me pasaron cosas que no puedo entender... como fijarme en otros hombres y hacerme la película cuando antes ni se me hubiera ocurrido. Sin ir más lejos hace unos días bromeamos con Gastón sobre una fiestita erótica tipo trío o como se llame y eso me estimuló como nunca antes y solo fue una broma. Y lo peor del caso es que a él también lo excitó y aunque piense que es solo una fantasía erótica, me molesta descubrirme así y ahora y no sé si tomarlo en serio o no.

—Sí, claro que tienes que tomarlo en serio! Si todas las parejas jugaran con sus fantasías como lo hicieron ustedes, la vida sexual en los matrimonios sería muchísimo más exitosa! Y aunque piensen en avanzar y tomar más riesgos, tampoco está mal. Y no estoy diciendo con esto que deben concretar un encuentro de tres ni mucho menos... solo estoy diciendo que lo que te pasa es algo muy común y no debes preocuparte. Y que te fijes en otros hombres e incluso que te estimules con pensamientos sobre ellos es parte de nuestra propia idiosincrasia. Vamos, amiga! Libérate que no estás haciendo nada malo. Juega con tu imaginación y déjala volar que nada hay más hermoso que una vida sexual plena y si para conseguirla tenemos que ser algo depravadas, adelante y al frente que la batalla se gana con la mente.

—Caro, ¿por qué será que siempre que me encuentro con vos es para contarte un problema? Y qué bien me hace escucharte! No sabés cuanto te agradezco que seas mi ángel de la guarda que siempre aparece cuando más lo necesito!—

—A lo mejor soy eso... un ángel de la guarda! Y cuidado porque te voy a estar observando en todo momento, desde las alturas o desde las sombras... y se te veo dudar mucho con alguien que me guste para mí, te voy a empujar a pecar de la manera más horrenda, total después vengo y te libero de culpas con mi varita mágica! Ja, ja, ja!—

—Sííí, qué loco sería, ¿no? Ja, ja, ja! Gracias Caro por tu buena onda!

Y la besa en la mejilla mientras la abraza fraternalmente. Carolina se excusa por la hora y se va. Lucía bebe un sorbo de su café pero ya se ha

enfriado y lo tragó con sumo desagrado. La conversación con su amiga le ha quitado un peso de encima. Mira su reloj y ve que aún es temprano y que tiene algo de tiempo para una recorrida de vidrieras. Entra en un local de ropas y compra una camisola floreada y la vendedora le sugirió un bikini para acompañarla. Pensó en sus próximas vacaciones y accedió. Ya en la intimidad de su hogar, comprueba que Gastón aún no ha llegado y entonces aprovecha a probársela. En eso, escucha el ruido de la puerta de entrada que se abre.

Sabe que es él y lo espera en silencio y a oscuras. Gastón, como todos los días al ingresar, se descalza ruidosamente y esa es la señal que ella espera para parodiar la escena de la película 9 semanas y media cuando Elizabeth asoma una pierna detrás de la puerta para seducir a John mientras canturrea como puede la música de Joe Cocker. Él, sorprendido por su ocurrencia, ríe con ganas y no puede evitar un silbido de admiración ante la perfección de su cuerpo.

—Uauu! Qué recibimiento! Y cómo sigue el show, ¿nos quitamos la ropa también, como en la película?

—Mmmmh si quieres, puedo hacer eso y mucho más!

— Y ¿qué pasó? ¿Estuvimos de compras y nos preparamos para el frío de Madrid? Ja, ja, ja!

Lucía creyó que él continuaría con la comedia y todo concluiría en un encuentro fogoso, pero al escuchar eso decidió escarmentarlo.

—No, no es para el frío de Madrid...es para la fiestita que voy a hacer con todos mis amigos en la piscina del campo, mientras vos estás congelándote allí! ¿Qué te parece la idea? ¿Querés que te mande fotos?

—Ah ¿sí? Y ¿quiénes van a esa fiestita? ¿Todas esas amiguitas libertinas que tenés?

—No, ¿quién habla de amigas? ¿No me dijiste que te calienta imaginarme con otros hombres que me hagan suya? Bueno, de eso se trata. Vos andá y divertite con tus parientes gallegos que yo hago lo mío aquí!

—Grrrrr! Touché!

Lucía comprendió que ya no tenía sentido continuar porque el juego se había perdido con frases con algo de sarcasmo y regresa al dormitorio a cambiarse. Gastón se arrojó en su sillón preferido y lee sus mensajes en el teléfono mientras enciende el televisor para escuchar las noticias de las 21. Pero es impaciente y no quiere esperar a estar sentados a la mesa para

preguntarle si había pedido la suplencia para el viaje.

— ¿Y, qué te dijeron en el hospital? ¿Te adelantan las vacaciones?

—No pregunté. — responde ella sin hacer ningún otro comentario.

—Amor, necesito saber esto cuanto antes para reservar los pasajes!

—No voy a ir! Estuve meditando la idea y prefiero quedarme esta vez.

Cuando regreses si querés nos tomamos unos días y descansamos en alguna playa que nos guste, pero ir en Enero a España y por tan pocos días, no tengo ganas.

—Qué pena! Pero te entiendo...si estuviera en tu lugar haría lo mismo.

— ¿Qué? ¿No me acompañarías a recibir un premio?

—No, me quedaría y haría lo mismo que vos...una fiesta con unas cuantas amigas que estén bien buenas! Ja, ja, ja! Aunque pensándolo bien creo que las madrileñas son muy divertidas, asique mientras vos te asoleas con tus amiguitos yo cuidaré de las españolas, ¿qué me decís?

—Qué vengativo! Y ¿no querés elegir a mis acompañantes también?

—Es buena idea! Decime cuando haces la reunión que yo te los mando. Conozco unos cuantos afeminados que estarán encantados de comer un asadito con vos.

—Y ¿cuál es la gracia? ¿No te enardece más que sean hombres bien dotados y varoniles?

—Ok, si así lo querés entonces te voy a mandar dos bien machitos!

—Eso es lo que quería escuchar!—dice, y supo de debía poner punto final a esta conversación porque ya tomaba una dirección que le disgusta, y entonces agregó... —Bueno, basta de tonterías que ya no me hacen gracia estas cosas. ¿Por qué no me contás como fue tu día que seguro es más interesante?

A medida de que se aproxima el verano, las noches son cada vez más cortas o el despertador es muy impaciente, según como se lo mire y la hora de la levantarse llega demasiado rápido. La rutina de la mañana es insoportable y apremiante; las duchas matinales no los relajan sino que son un mero trámite de higienización corporal; los desayunos no se comparten y las palabras huelgan por su ausencia y solo priman las agendas electrónicas y las llamadas de primera hora. A duras penas un beso en el aire como toda despedida y alguno que otro deseo de buena jornada. Pero, para ellos, tanto esfuerzo da frutos y la vida les brinda beneficios económicos que muchos no logran concretar. No sufren apremios de ninguna índole y fin de mes es solo

un número en el calendario.

—Hola ¿Gerardo?

—Sí, ¿quién habla?

—Gastón, amigo de Roberto Flores!

—Ah, ¿cómo estás?

—Bien, Beto me dijo que te llame cuando necesite un obsequio especial para hacer y justamente ahora necesito algo así para mi futura esposa!

—Bueno, no sé cuan especial sea lo que necesites!

—Beto me dijo que sos muy confiable y discreto y quiero escuchar de tus palabras la promesa de que es así!

—Sí, claro! Ya veo por donde viene la mano! Contáme cuál es tu idea.

Gastón le explica con lujo de detalles su pedido como regalo de compromiso para Lucía, pero es la primera vez que habla con esa persona e insiste en que le garantice confiabilidad...

—Gastón, quedáte tranquilo que jamás he fallado a ningún cliente y menos que menos a un amigo como Roberto. Tengo lo que vos necesitás...si querés te mando algunas fotos para que me des el ok antes de pagar. Ah, y otra cosa, decime bien a donde te los mando y la fecha exacta porque hay mucha demanda y quiero estar seguro que puedo cumplir con vos y tu mujer.

—Mirá, salgo de viaje el primero de Enero así que tendría que ser uno o dos días antes

—Dejáme ver...ay no, para esa fecha no. Recién para el 5 de ese mes. ¿Te queda muy mal?

—Y sí, porque no voy a estar en la ciudad, pero dame un rato que la ubico a mi esposa y le pregunto si a ella le queda bien esa fecha. Después de todo es ella quien lo recibirá.

—Sí claro, la homenajeadada es ella pero vas a ver que lo van a disfrutar los dos. ¿Es la primera vez?

—Sí, claro!

—Bueno, llamála y preguntále, pero si seguís mi consejo te conviene arreglar para otra fecha porque si es la primera vez es mucho más fácil si están los dos!

—Ok, te llamo y te aviso.

—Dale

Mientras tanto, Lucía, es recibida en el hospital con una gran algarabía.

—Felicitaciones, felicitaciones!! Cómo te lo tenías guardadito, eh? ¿Y

pensabas dejarnos afuera?

— ¿No sé de qué hablan?

—Nos acabamos de enterar que te casas y no nos habías dicho nada!

—Ya veo que como guardan el secreto profesional algunas!— Y mira con odio fingido a Carolina que la observa con una sonrisa cómplice desde atrás del grupo de colegas.

—Che, qué bueno! Imagino que haremos algo para festejarlo, ¿no?—  
acota otra

—Mirá, si están pensando en una despedida de soltera, les adelanto que no voy a ir porque las odio y además eso queda para las muy jovencitas y Gastón y yo hace mucho que vivimos juntos asique de solteros ya no tenemos nada, pero si quieren podemos comer algo juntos en casa u otro lugar, pero solo eso....comer algo juntos, sin harinas ni huevos en el pelo!—

—Sí, buenísimo! Podría ser antes de las fiestas así no nos complicamos con esa fecha!— Dijo Carolina.

—Noo, antes de las fiestas no, porque es un despelote. Faltan muy pocos días y ya estamos con las compras navideñas y todo eso! Por qué no lo hacemos después...no sé, para el día de Reyes o antes! La mayoría de nosotras no tiene hijos en edad de regalitos y los que sí, que hablen ahora o callen para siempre, ja, ja, ja!

—Por mí está bien!—dijo Lucía. —Que les parece el cinco o un poco más adelante que va a estar Gastón de regreso.

Todos coincidieron que esa fecha les quedaba bien, asique solo basta decidir el lugar y quienes asistirán. En eso, el teléfono de ella suena. Es Gastón...

—Hola amor! ¿Qué contás? Estábamos con las chicas organizando para juntarnos a comer para festejar la boda.

—Ah, qué bueno y ¿para cuándo es?

—El cinco de Enero...para esa fecha ya estás de regreso, ¿no?

—No, mi amor! El 3 nos entregan el premio pero la ceremonia en el palacio real es el 5 a la noche, ¿no te había dicho?

—No, de esa ceremonia no me habías dicho nada. Creí que era todo el día 3 y luego se volvían!

—Qué pena que no nos hayamos entendido porque me hubiera gustado estar pero lamentablemente acabamos de confirmar la asistencia y viste que por eso del protocolo real ya no se puede cambiar. Igualmente, quería

confirmar que el 5 estés en casa porque acabo de reservar un obsequio muy especial para vos y solo te lo pueden llevar el 5; no antes y si es después hay que esperar mucho. ¿Vas a estar en casa para recibirlo?

—Sí, creo que sí! ¿Qué es?

—Es una sorpresa! Es decir...dos sorpresas, ja, ja, ja!

— ¿Dos sorpresas? Humm, qué intriga! Y ¿no me vas a dar una pista, siquiera?

—Puede ser...a ver...digamos que es algo que desde algún tiempo lo deseas aunque nunca me lo dijiste. Sé que lo hablaste con una amiga tuya y ella me lo contó y me pareció una muy buena. Que lo estuve meditando muchísimo, incluso con mi analista, pero como me convenció y encontré una persona muy confiable que me los consiga, decidí regalártelos para esta ocasión. Pero necesito confirmar que el 5 vas a estar en casa...

—Sí y ¿a qué hora?—

—No lo sé, te van a llamar para combinar.

—Gastón, no es una de tus bromas, ¿verdad?

—Amor, relájate y disfrútalos! Si no te gusta o te parece de mal gusto como regalo de compromiso, los rechazás en el momento y listo! Yo los vi y creo que te van a enamorar.

Lucía conoce la costumbre que suele tener Gastón de gastar bromas y en alguna ocasión han sido motivo de disgustos y discusiones, pero hace tiempo ya que ha dejado de hacerlas y eso la relaja. Mientras tanto, su consultorio es un ir y venir de amistades que, enterados de la fiesta confirman su asistencia. Revisando la lista de invitados, notó la ausencia de Manuel y entonces ella preguntó por qué...

—No, Lucía, a Augusto y a mí nos surgió un compromiso que no podemos rechazar. Es una lástima porque me hubiera gustado mucho ir a festejar contigo!

—Oh, qué pena! Los vamos a extrañar. Bueno, si consiguen librarse de ese compromiso, no dejen de avisar así los incluimos en la lista!

—Sí claro! Gracias.

En eso, entró Sofía y le dice...

—Lucía, ya somos quince anotados...te parece que lo hagamos en tu departamento?

— ¿Quince? No tengo lugar para tantos! Bah, tal vez sí pero si se anota alguien más entonces vamos a estar muy apretados. Dejáme que veo si lo

podemos hacer en el campo, que tenemos mucho espacio y le puedo pedir a Don José que nos haga un asadito! Total todos tienen auto y no es lejos de aquí

—Ay qué bueno! Y ¿tenés pileta?

— Sí, es un tanque australiano, como esos donde se junta el agua para los vacunos, ¿viste? Bueno, nosotros no lo usamos para eso; lo revestimos por dentro y levantamos un deck a nivel que está muy buena. Esa es nuestra pileta! Cuando la veas ni te darás cuenta que es un tanque!

—Buenísimo, llámalo ya mismo a Don José! Bueno, te dejo porque tengo que devolver este libro y se me hace tarde.

— ¿A dónde tenés que ir? En cinco minutos salgo y si querés te puedo acercar

—Qué bueno, ¿harías eso por mí?

—Claro, ¿por qué no?

—Buenísimo, te espero entonces.

—A propósito, ¿qué estás leyendo?

—Los Médicos.

— ¿Y qué tal es?

—Es una novela erótica que me gustó! ¿Lo querés leer y después te ocupas de devolverlo?

—No, gracias! No leo novelas así.

— ¿Y por qué no? ¿No me vas a decir que te da vergüenza?

—No, ¿por qué habría de darme vergüenza? Es solo que no es el tipo de literatura que me gusta!

—Ja, ja, ja! Ahora que tu marido se va de viaje te vendría bien tenerlo en tu mesa de luz!

—Sofía, ¿qué decís?

—Ay Lucía, no seas pacata. ¿Qué tiene de malo? Es bueno para incentivar la imaginación y quizás estés un poquito más motivada para cuando él regrese, ¿no te parece?

—Gracias, pero no necesito ningún estimulante extra!

—Ya veo! Tenés miedo!

— ¿Miedo? ¿A qué?

—A que no puedas controlar tus impulsos y que descubras que adentro de esa fiel y dedicada esposa se esconda una mujer ardiente y ávida de

nuevas experiencias...

—No, ¿qué estás diciendo? Me molesta que pienses eso de mí! Amo a mi marido y él me ama a mí. Y para tu conocimiento tenemos un muy buen sexo...el mejor!

—Sí, claro! Todas decimos lo mismo, pero si alguna vez fuéramos honestas entre nosotras seguramente admitiríamos que nuestra mente vuela de un lugar a otro en busca de estímulos para poder mantener intacta nuestra sanidad matrimonial, por llamarlo de alguna manera. Vos puedes amar mucho a tu marido y él puede hacerlo de igual modo, pero si tu cabeza está puesta en hacer siempre las mismas cosas y no fantaseas un poco, tu maravilloso sexo se volverá tan aburrido que un día arrojas todo por el aire y adiós matrimonio perfecto.

—Por supuesto! Pero nosotros tenemos nuestros propios juegos y nos inventamos historias prohibidas para estimular nuestra vida sexual.

—Ok, entonces llévate este libro y vas a ver cuántas historias se te van a ocurrir.

—Ja, ja, ja! Mirá que sos insistente, ¿eh? Pero no gracias! Te agradezco mucho tu preocupación por mí!

—Ok, como quieras! Si te arrepentís, me decís y listo. A propósito, ¿a qué hora nos vamos?

—Ya mismo! ¿Vamos?

Sofía y Lucía se conocen desde mucho tiempo atrás y tienen una amistad en que ambas pueden decirse los que les venga primero a la mente y todo sin ofenderse. Por varios minutos recorren las calles de la ciudad hasta que en un momento, Sofía, casi al borde de la desesperación le dice....

—Déjame aquí, rápido que se me va el ómnibus! Chau, chau! Nos vemos mañana!— Y sin esperar a que el automóvil se detenga por completo se arroja y corre para alcanzar el colectivo. Lucía, sin poder reaccionar aún, mira atónita como su amiga sube al transporte y se pierde entre los pasajeros. Lucía creyó que la acercaría hasta su hogar pero por lo visto no fue así y le sorprende que no le haya avisado antes. Pero pronto advierte que el libro ha quedado apoyado sobre el asiento en donde hace solo unos segundos estaba Sofía y entonces comprendió todo; ella había hecho toda esa teatralización a propósito y entonces se dijo a sí misma: —*ja, ja, ja! Qué pícara sos! Te diste el gusto y me lo dejaste. Pero no me conoces si crees que voy a caer en tu ardid!*

Lucía llega a su departamento y toma una ducha fría para quitarse el calor del cuerpo. Pero cuando entra en su dormitorio para relajarse un momento, ve al libro de Sofía sobre su cama y pensó que si llegase su esposo y lo ve allí, seguramente preguntaría por él y no está de ánimos para dar explicaciones que seguramente no le creería. Entonces, lo guarda en el cajón de su mesa de luz. Allí estará oculto porque entre ellos ese espacio es absolutamente privado y se respetan mutuamente ese acuerdo.

Pasan los días, llegan las fiestas y los preparativos para el viaje de Gastón. Hasta que por fin, el avión aguarda a que aborden los pasajeros. El hall del aeropuerto está atestado de viajeros y entre ellos está Gastón, que algo inquieto golpea su ticket de embarque sobre el mostrador de la aerolínea esperando que le despachen el equipaje. Mientras tanto, Lucía departe animosamente con el resto de la comitiva, pero sin olvidar enviarles algunas miradas intimidatorias a Letizia y Ana María, las dos, que según su propia sospecha son intrusas que aprovecharán la intimidad el viaje para seducir a su esposo.

La muda advertencia que les envió con su mirada, fue por demás elocuente y ellas evitaron acercársele en todo momento. Pero Lucía, perspicaz como pocas, advirtió como le sonreían maliciosamente cuando ingresaron en la manga de abordaje. Fue un gesto insignificante, pero suficiente para entender que en ella había oculto un mensaje implícito que las delató en su complicidad. Pero ya es tarde y nada podrá hacer para evitar que transgredan las leyes de honestidad que, según su teoría, debería existir entre todas las mujeres y esa imagen la hostigó todo el camino de regreso al departamento. ¿Qué planeaban? Se preguntó todo el tiempo. Y Gastón, ¿estará involucrado? ¿Por qué aceptó tan prontamente que ella desistiera de acompañarlo?

Pero los días transcurren a prisa y la fecha de su festejo se aproxima. Es así que decide hacer una escapada hasta el campo para supervisar los preparativos. Mientras conduce, suena su teléfono; estaciona el automóvil y atiende...

—Hola, habla Gerardo! ¿Lucía?

—Sí, ella habla! ¿Gerardo qué?

—Ah, sí, perdón! Hace unos días Gastón, tu esposo, me encargó un regalo para vos y quiero combinar donde y cuando los vas a recibir...

—Ah, sí! En mi departamento, ¿está bien para vos? A qué hora viene,

porque estaré llegando recién en un par de horas más!

—Ok, pero le había dicho a Gastón que antes del 5 de Enero no puedo mandárselos!

—Ah, ok! El 5 a las doce, ¿te parece? Ah y te pido puntualidad porque después me voy al campo y no voy a estar!

— Oh, qué bueno! Porque te los podés llevar con vos que seguro les va a encantar! Uy, perdón! Creo que hablé de más. Ok al mediodía están allí. Que los disfrutes!!

Lucía, se preguntó sobre las relaciones que tiene Gastón; ¿un abogado de renombre como él que hace negocios con estos personajes de dudosa reputación? Pero enseguida lo disculpó pensando en el escaso tiempo del que dispone para comprar personalmente sus obsequios.

Llega a su hogar y se prepara algo para comer. Es la primera vez en muchos años que se separa de Gastón y aunque solo sea por unos pocos días, detesta que por esta razón deba cenar sola. Mientras aguarda a que sus alimentos se cocinen, hace algunas llamadas por teléfono pero nadie responde. El círculo de sus amistades más íntimas está relacionado con la medicina y quienes no están de guardia, por lo general apagan sus teléfonos para lograr algo de intimidad en su descanso y quienes están en el hospital tampoco responden por obvias razones. Entonces busca la compañía del televisor, pero ninguna propuesta la atrapa. Recordó el libro que guardó en su mesa de luz pero cuestionó la ética de leer sobre erotismo durante la cena y creyó que el lugar apropiado sería la cama y solo antes de dormirse. Entonces se preguntó: *“¿acaso me estoy autocensurando y me justifico así ante la curiosidad de saber que contiene ese maldito libro?”*. Poco tardó en comprender tamaña estupidez y puso algo para comer en una bandeja y se lo llevó a la cama. Y entonces comienza a leer.

Es la historia de Roberto y Marcelo; son psicólogos y en una vieja casona con una asombrosa vista de la Bahía do Sancho en la Isla de Noronha, reciben a sus pacientes, casi siempre mujeres, con un diagnóstico de estrés agudo o incluso crónico y la propuesta de sanación se sostiene con disfrutar de las bellezas del lugar, alejado de todos los vicios que la modernidad ofrece y sin posibilidades de otro contacto humano que no sea con ellos. Ambos son excelentes amantes y utilizan sus facultades amorosas como parte del tratamiento, al menos, si cuentan con el consentimiento de sus pacientes. Es un relato altamente erótico con Laura, como protagonista, que bien podría ser

Lucía pues tiene las mismas características de vida, un matrimonio aparentemente feliz, un trabajo algo estresante y bastante aburrimiento en sus relaciones sexuales. De alguna manera se siente identificada con esta mujer y nota que sus pulsaciones van in crescendo de manera tal que su ansiedad por llegar al momento culmine de la novela, la obliga a saltar detalles del libro y busca con fervor el capítulo en donde ésta deberá discernir entre dejarse seducir por los médicos o resistir a sus encantos masculinos. El autor se refiere en su narración a los festejos para celebrar el onomástico de Laura y para ello han preparado una recepción en la mansión entorno de la piscina...

Preparan las mesas sobre la terraza y de tanto en tanto provocan una situación para acercarse y rozarla intencionalmente mientras le dedican una sonrisa cómplice. Pero nunca pasan de ese límite. Ella comprende que un juego ha comenzado tímidamente, pero ya antes se equivocó con ellos y teme repetir su error. Necesita una confirmación de ello y entonces es cuando decide idear una sutil estrategia que le suministre datos concretos. La hora en que comenzarán a arribar los primeros invitados está próxima y Roberto y Marcelo han ido a cambiarse para la fiesta. Ella aprovecha esa coyuntura y mientras toma una ducha caliente, deja entreabierta la puerta del baño a sabiendas que si alguno de ellos pasara por allí podrá ver la imagen borrosa de su cuerpo desnudo reflejada en el espejo empañado. Su fantasía hará el resto, piensa con una sonrisa dibujada en sus labios.

Deja pasar unos minutos y deduce que es momento de vestirse y hacer su gran aparición en escena. Elige una solera corta de color blanco con un escote en ve, discreto

pero sugerente, y con la espalda al descubierto Se calza unos stiletos de tiras finas color dorado y va en busca de sus anfitriones. Pero solo halla silencio y una semi penumbra y le resulta extraño porque al menos debería escuchar algo de música. Pero nada se oye, de hecho tampoco hay demasiadas luces encendidas. Entonces con algo de intriga abre la puerta para salir a la terraza y entonces se sorprende con un bullicioso ¡Sorpresaaa! ¡Feliz cumpleaños!. Tanto Roberto como Marcelo son los primeros en acercarse a ella para saludarla riendo con ganas por su travesura. Alguien le ofreció una copa de champagne para brindar y la fiesta comenzó. Laura está feliz aunque algo desilusionada porque fracasó en su intento de mostrarse frente a los dos hombres creyendo que estaban solos y ahora, al ver tanta gente pululando por todos lados imaginó que antes, quizás, quienes la vieron en la ducha no hayan sido precisamente los médicos, sino alguno de los invitados que se haya ofrecido para vigilar sus movimientos y así avisar a los demás cuando ella estuviese saliendo. Se sonrojó de solo pensar que esto pudiese haber ocurrido pero al mismo tiempo le divierte el juego.

Todo es algarabía... beben, ríen y algunos ensayan algunos pasos de baile en su lugar mientras prueban algún bocado. La noche está serena y calurosa e invita, especialmente a quienes ya han consumido algo de alcohol, a refrescarse en la piscina.

Algunos se arrojan vestidos y otros, antes, se quitan

parte de sus prendas. Laura los observa divertida y tan abstraída está que se sorprende cuando Roberto se acerca y la toma por la cintura desde atrás. La rodea con sus brazos y como al descuido roza el cuello con su boca y le susurra al oído algo relacionado a su atuendo sexy. Sorprendida por tanto cambio de actitud, lo busca con la mirada y con una sonrisa le agradece el piropo pero se abstiene de responderle aunque hasta la última de sus fibras le ordenan lo contrario. Solo le sonrío.

Él, estimulado por este gesto, arriesga algo más y le ordena, pícaramente, que se aleje de él porque siente deseos de besarla y que si ello ocurre no quiere ser responsable de sus consecuencias. Ella ríe por la ocurrencia al tiempo que se sonroja. Y quiso recordar cuando había sido la última vez que un hombre la miró a los ojos con tal devoción. Y entonces, pensó en su compañero de la vida y volvió la vista atrás cuando él la despidió en el aeropuerto antes de embarcar para esta aventura de sanación y vio su rostro entusiasmado por las vacaciones de sus deberes maritales que él se tomaría cuando ella abordara el avión. Recordó la monotonía de sus relaciones sexuales y el poco entusiasmo con que ambos se acuestan y sin pensarlo dos veces, estampó un beso furtivo sobre sus labios felices pero antes que Roberto pudiera reaccionar, pide auxilio a Marcelo quien casualmente pasó cerca y a viva voz le ruega que la proteja antes que este vampiro hinque sus colmillos en su cuello. Los tres supieron que allí había comenzado otra

historia.

Súbitamente su redentor la toma del brazo y la conduce hasta la improvisada pista de baile y, dedicándole a su amigo una mirada desafiante, le advierte en tono jocoso que se aleje de ella porque está dispuesto a defenderla hasta con su propia vida si tan siquiera osara mirarla nuevamente.

Marcelo aprovecha el ritmo rápido de un cha, cha, cha y disimuladamente roza, en cada giro, alguna parte de su cuerpo, pero esta vez, Laura se deja llevar, ansiosa por conocer hasta donde llegaría y lo estimula con una improvisada coreografía sensual. Le sienta bien el juego erótico y lo disfruta.

Lentamente y como parte de la danza, sus manos se buscan y entrelazan sus dedos. Pero las miradas ya sugieren un interés más allá del deleite que les produce bailar. No obstante, no pierde de vista a Roberto sin que ello signifique desatender a su circunstancial adlátere. Le sonrío pícaramente a la distancia pero se sorprende cuando observa que Roberto desvía la mirada y simulando desinterés súbitamente abraza a otra mujer mientras le sugiere palabras al oído que, en apariencia, le provocan mucha gracia.

Se sintió algo celosa pero comprendió que no podía pretender que ambos disputen su amor tan abiertamente. De hecho, aún no han demostrado un interés real por ella; solo han sido dos divertidos anfitriones que le han brindado toda su hospitalidad.

De pronto, la música se detuvo. Hubo un pequeño intervalo y comenzó a sonar la clásica canción de cumpleaños. Y mientras se apagan todas las luces, ingresan una enorme torta con tres muñequitos en la parte superior. Los dos amigos la tomaron por el brazo y la ubicaron en medio de ellos.

Enfrentados a la única vela, y con gesto distraído, ambos posan una de sus manos por debajo de la solera abrazándole su espalda desnuda.

Ella sintió la caricia y un leve cosquilleo la invadió toda. Los miró complacida pero ellos no parecían prestarle atención y se concentraron en soplar el cirio al mismo tiempo.

Pero al momento de los saludos y las congratulaciones, coincidieron en la misma estrategia y la besaron subrepticamente en la boca. Laura les devolvió el gesto pero sin ocultarlo y hasta con alguna desmesura pero, para salvar las apariencias, lo hizo público y en tono de broma. Aunque se aseguró que tanto Roberto como Marcelo vieran que cerraba los ojos al hacerlo. Los silbidos de aprobación y los gritos ululantes de los invitados coronaron la escena.

La noche avanza lenta pero irremediamente hacia su fin y la claridad cada vez más evidente del cielo anuncia que el astro rey se aproxima. Poco a poco todos los asistentes se van retirando. Hasta que solo quedan los últimos camareros que dieron el servicio de mesas.

Finalmente, ellos también se despidieron.

Laura, Roberto y Marcelo han quedado absolutamente solos y se miran en silencio. Ninguno se atreve a sugerir nada aunque es muy evidente que todos desean lo mismo.

Fue entonces que Roberto se descalza, se quita la camisa y en actitud desafiante corrió hasta la piscina y se arrojó a ella.

Marcelo dudó unos instantes y lo secundó. Ella, en cambio, los mira divertida desde el borde y cuando la incitan a hacer lo mismo les responde que tiene puesta una solera y sugiere con un gesto que no lleva corpiño. Aullando al unísono cual lobos en celo, le proponen que quite su vestido y aunque es lo que más desea en ese momento, se contuvo y se negó riendo de buena gana. Pero harta de ser tan analítica, hace una rápida lectura de sus sensaciones y comprende que está ardiente y deseosa. Con un rápido vistazo observa la masculinidad estética de sus cuerpos, mojados y brillantes por esa condición y esa imagen es demasiado poderosa para negarse. Pero comprende que si lo hace, dará un inequívoco mensaje de predisposición a participar de un paso de comedia sin libreto y, aunque ello la estimula, también le genera cierto temor. Son hombres que apenas conoce y está en desventaja.

Se imagina allí de mil maneras distintas y aunque lo que busca con ello es aquilatar riesgos, no hace más que alimentar su lujuria. Cada fibra, cada célula y cada átomo

de su cuerpo está en alerta máxima y un cosquilleo incesante en sus genitales, la perturba de sobremanera.

Desea jugar y mucho. Entonces..., sin dudar más, se descalza seductoramente mientras observa con disimulo la reacción que en ellos produce. Imagina satisfecha lo que por sus mentes pasa y decide dar el golpe de gracia a la puesta en escena que acaba de hacer. Sube lentamente al trampolín, se detiene por un momento en el extremo y sin siquiera mirarlos se arroja desapareciendo de la superficie.

Sabe lo que ello significa...está a merced de esos hombres y ya huelgan las palabras. El aire huele a concupiscencia por doquier. Ella emerge y se refugia en un rincón de la piscina. Se miran y se desean en silencio por largos minutos hasta que ya no pueden disimular su eretismo. Los ve acercarse muy lentamente y percibe como su corazón se acelera más y más. Ya no logra disimular su lujuria y siente como su cuerpo lentamente se vuelve fuego. No se escuchan sonidos; solo sus respiraciones agitadas y de cuando en cuando alguna ola del mar que rompe a lo lejos en la playa. Laura cierra sus ojos cuando percibe las primeras caricias sobre su espalda desnuda. Aún conserva la solera. Un beso suave detrás del cuello la estremece. Con cierto halo de inocencia busca rozarlos como al descuido por debajo del agua. Son reacciones casi instintivas provocadas por su exaltación sexual. Ya no hay punto de inflexión y el juego se conduce en una sola dirección. Roberto besa sus labios con delicadeza hasta que su boca

que se abre receptiva; sus lenguas se entrelazan en una danza sensual de movimientos ondulantes. El contacto es cada vez más intenso y los roces en sus zonas erógenas se suceden unos tras otros. Sus músculos se tersan trepidantes, temblorosos. Laura es invadida por un hormigueo erógeno que la estimula más y más.

Poco a poco su raciocinio va desapareciendo y su cuerpo cede ante el placer que experimenta. Su apetito sexual, para entonces, luce desordenado. Sus pechos exultantes, exhiben los pezones hinchados y colorados que traslucen por la tela mojada. Los expone deseosa a sabiendas de lo que con ello provoca. Los hombres se turnan para besarla en la boca, el cuello, y sus hombros al tiempo que con las yemas de sus dedos cubren en caricias toda su complexión ardiente. Entonces, la sujetan desde la cintura y la alzan hasta posarla en el borde de la piscina. Salen del agua y ambos la toman por cada una de sus manos y la conducen en silencio cómplice hasta el interior de la casona. Laura sabe que su destino está escrito. Y aunque su exaltación le ordena continuar, los escasos vestigios de razón que aún conserva le sugieren circunspección. De pie y desde atrás, Roberto le quita muy lentamente la solera aún chorreante mientras Marcelo, frente a ella, posa sus manos a ambos lados del cuello y con suma delicadeza la atrae hacia sí hasta que sus labios se tocan. Ya su torso está desnudo y expuesto a la lujuria. Su sangre bulle presurosa y la respiración se vuelve resuello.

Sin prisa alguna se arrodillan sobre una alfombra pero sin dejar de besarse. Roberto acaricia sus hombros y también la espalda con la suavidad de una pluma y de cuando en cuando roza la base de sus senos. Laura se entrega poco a poco sin pensar demasiado en las consecuencias de ello.

Está muy excitada y su mente no logra discernir entre lo prudente y lo riesgoso. Su cuerpo le pide confiar y bloquea a su raciocinio. Sus manos buscan tocarlos denodadamente mismo que su lengua a sus lenguas. Sobre la alfombra extienden una tela de toalla y con suavidad apacible la recuestan boca abajo sobre ella. Con aceites esenciales cubren su espalda y también sus piernas. Cierra sus ojos y se dispone para disfrutar de los masajes que le proponen. Ella delicadamente aparta su cabello y descubre el cuello; luego se abstrae en sus sensaciones para reconocer todos y cada una de los efectos que estas le provocan.

Huele el aire de mar que ingresa desde la terraza, el de su pelo aún húmedo y fundamentalmente el de los cuerpos semidesnudos que tiene a su lado. Su vedetina aún no ha sido quitada pero es evidente ya la excitación que su cuerpo ha generado en ellos. Lucía se voltea y por reflejo cubre sus pechos con algo de pudor pero intuye que solo da una imagen de recato que no evitará torcer su destino. Y muy pronto lo comprobará. La lascivia los acorrala lentamente.

Marcelo, con delicadeza le quita la única prenda que

cubre sus partes íntimas y la despoja de la última protección que simbólicamente posee. Laura se estremece y se deja llevar por su instinto de mujer. Deja caer sus manos lentamente y descubre sus senos. Roberto la contempla lujuriosamente mientras que con un hilo de aceite cubre uno de sus pezones y más tarde el otro. Un gesto de fruición infinita se dibuja en el rostro de Laura. Sonríe extasiada e intenta recordar si alguna vez sintió algo semejante. El gozo altera los roles entre su cuerpo y mente. Su intelecto, cauteloso, solo atina a poner coto a las acciones. Pero la rebelión de sus hormonas ofrece una resistencia titánica. Roberto, se inclina por sobre el rostro de Laura para alcanzar el abdomen con sus manos exponiendo en proximidad sus partes erógenas. Ya su erección es tan evidente que parte del glande escapa tímidamente por fuera de la única prenda que lo cubre.

Ella, subyugada por la vista y en un acto de irreflexivo arrojo, lo toma desde sus glúteos para retenerlo y lo desnuda con decisión inalterable. Él, inmóvil, la observa cuando toma su pene entre sus dedos para frotarlo delicadamente mientras lo introduce decidida en su boca. Con la lengua rodea sutilmente el contorno del glande y trepidante juguetea con su prepucio. Extasiada observa como su accionar incrementan notoriamente sus dimensiones peneanas.

Marcelo advierte la escena y la toma de las piernas para besarlas en toda su extensión y aunque llega muy

próximo a ellos nunca roza los labios vaginales. Laura se excita aún más y se refleja en el sutil pero cada vez más evidente meneo de su pelvis. Se arrodilla frente a ellos; sin mirarlos a los ojos toma el aceite y esparce gran parte de su contenido sobre el cuerpo Roberto y luego por sobre Marcelo, pero de pronto, este gesto estimulante y seductor se convierte en una travesura porque antes que ellos pudieren reaccionar y, en un movimiento rápido y preciso, embadurna sus cabellos riendo de buena gana. Sorprendidos, intentan detenerla y entre risas y abrazos concluyen enlazados y con sus cuerpos lubricados por doquier. Es una batalla desigual que dan rienda suelta a sus impulsos sexuales y el jolgorio poco a poco fue transmutando de simples suspiros primero a jadeos y gemidos.

Ella está absolutamente excitada, no razona y tampoco pretende hacerlo. Solo obedece a sus envites íntimos. Sus pechos son besados suave y delicadamente. La agitación es tanta que sus pulsaciones han alcanzado picos de intensidad rayanos con la imprudencia.

Roberto, entonces, se ubica de frente a ella, toma sus piernas por detrás, las levanta y las besa en toda su extensión hasta rozar sutilmente los labios de la vagina. Laura contrae sus músculos y emite un leve quejido de placer. Cierra sus ojos y aguarda el próximo roce. Esto no ocurre y se impacienta. Necesita más. Ardorosa, lo toma desde la nuca y lo atrae hacia sí. Rodea su torso con brazos

y piernas. Sus partes íntimas quedan expuestas y entonces Roberto apoya su vigoroso miembro en medio de ellas. Laura recibe una descarga de adrenalina que por un instante inmovilizó. Sabe que el momento tan anhelado está próximo. Se miran con el deseo dibujado en el rostro y ella cierra sus ojos en claro mensaje de entrega. Él, le sonríe y la besa tiernamente pero con absoluta pasión. Laura percibe que sus genitales han aumentado de temperatura y humedad en clara señal de predisposición receptiva. Eleva algo más sus rodillas y menea su pelvis buscando el roce peneano, absolutamente extasiada por las sensaciones que le provocan los gestos de su amante. Su lubricación es extrema.

Roberto la toma desde los glúteos, apoya su vástago sobre la vulva y lo frota sobre ella una y otra vez. Laura siente su complexión vigorosa rozando enérgico sobre su clítoris y una corriente de calor intenso le recorrió el cuerpo. Hasta que de pronto un tsunami de energía sexual inundó hasta la última de sus células. Su rostro se desdibujó en una mueca de dolor sin dolor; quedó sin aliento por un instante y los dedos de sus pies se cerraron apretados. Roberto ha empujado su pene con fogosidad inusitada y la penetró hondo y sin contemplación alguna. Ella respira quejosa, ruidosa y entrecortada, evidenciando el efecto que le produce en su interior tanta potencia masculina. Estimulado por la expresión de placer de Laura, incrementa los movimientos peneanos hasta que en una acción decidida

y pasional le hunde el bálano en su totalidad. Ella, férvida, percibe como se expanden sus paredes vaginales ante tamaña virilidad. Cada embate es una descarga de energía sexual portentosa como jamás experimentó. Está embriagada de placer y sometida a la más absoluta obediencia carnal. Laura se queja gozosa y rodea su espalda con brazos y piernas en un arrebatado de delirio genital. Roberto la penetra una y otra vez con lascivia desenfrenada, arrolladora, sin pausa y sacudiendo su cuerpo en cada acometida fálica. Ingresa profundo, con decisión, salvaje. No admite oposición. Es el macho dominante doblegando la voluntad de la hembra. Sus pieles se vuelven cada vez más brillantes, calientes, rojizas, húmedas; sus ojos se cierran apretados. Sonoramente, ella inhala y exhala todo el aire que puede mientras que en acto reflejo se aferra con desesperación a la cerviz de su amante. Los gemidos lamentosos de ambos retumban por toda la habitación. Todo es complacencia. Todo es fruición extrema. Todo es gozo para ellos. Es la transportación de cuerpo y alma a una dimensión desconocida, con el tiempo detenido, en un estado de ingravidez absoluta. La sangre bulle desenfrenada hasta cada rincón de sus cuerpos. Entonces ella siente próximo su primer orgasmo y menea desesperada su pelvis provocando el instinto animal de su amante.

Quiere y necesita experimentar un final formidable. Roberto es ya un bronco cimarrón en su máxima expresión; es sinónimo de pasión sexual. Es literalmente un bálano en

cuerpo y alma que extrae de ella sus deseos de mujer más celosamente guardados. Todo es éxtasis. Es la representación viva de la libido de los amantes. Todo el aire huele a fluidos sexuales. Son dos cuerpos ceñidos por brazos y piernas, que ruedan unidos. De pronto y con agilidad felina, Roberto se para frente a ella y la levanta. Laura le rodea el cuello con sus brazos y se cuelga de él mientras eleva sus piernas hasta circundarle la cintura. Sus partes erógenas quedan frente a frente y sin preámbulos la penetra nuevamente, en una sola y profunda acometida, implacable, y repite la acción con movimientos salvajes que zamarrean su cuerpo sin contemplación alguna. A duras penas logran mantener el equilibrio. Es el éxtasis en primera persona, es el final de una batalla sexual que se aproxima. Laura percibe un cosquilleo interno que toma fuerza e invade cada centímetro de su ser. Sus músculos se tensan, sus manos se aferran al cabello de su amante e inconscientemente deja caer su cabeza hacia atrás. Una sucesión interminable e indescriptible de sensaciones la transportan hasta lo más recóndito de sus deseos lúbricos. Todo su organismo entra en ebullición. Cada átomo y cada célula de su femineidad han comenzado una alocada carrera en todas direcciones y sin orden alguno. Algunas logran esquivarse y otras chocan entre sí. Es el caos que segundo a segundo gana mayor intensidad y poco a poco se va concentrando en un solo lugar hasta que todo concluye en un estruendoso estallido hormonal. Y por fin uno... dos...

tres empellones finales, colosales, bravos, profundos en extremo la conducen hasta el más increíble orgasmo que haya experimentado jamás. Su carne trémula se sacude al ritmo de los espasmos genitales. Es el vértigo de un cuerpo en caída libre. Desde sus entrañas escapa un grito entrecortado que anuncia el principio del fin y hasta el final mismo.

Su cuerpo enrojecido y transpirado se relaja lento. Roberto se recuesta a su lado al tiempo que ella experimenta sus últimas contracciones. Con los últimos vestigios de resistencia ve a Marcelo que se acerca desnudo y con una notable erección. Y la besa apasionadamente. Ella sabe que aún no podrá relajarse. Es mujer ardiente y no pierde su excitación...

—Guau!— Exclama Lucía mientras deja caer el libro sobre sus piernas— y yo que creí que lo mío era buen sexo!

Poco tardó en comprobar que su cabello se ha vuelto pesado y su piel está brillante y sudorosa. Es evidente que la lectura la ha alterado. Está excitada y lamenta que Gastón no esté allí para contenerla. Siente deseos de autosatisfacción pero se contiene porque aún retumban en sus oídos las palabras de la Madre Superiora del colegio de la Sagrada Concepción cuando les advirtió a todas las alumnas sobre los riesgos que implican estas prácticas impúdicas. Y entonces arroja el libro al piso como si esa acción la alejara de esa conducta pecaminosa. Está inquieta y entonces se prepara un café. ¿Acaso la infusión evitará ser corrompida por sus pensamientos indecorosos? Quizás no, pero al menos la distraerá lo suficiente hasta que los síntomas de obscenidad desaparezcan de su mente. Pero eso no ocurre; de hecho, Gastón no está incluido en sus reflexiones y el hombre que imaginó como culpable de su alteración poco tiene que ver con su complejión física. Es la primera vez que piensa en alguien distinto y se culpa por ello. Ella fue educada para ser mujer de un solo hombre pero acaba de descubrir que su cuerpo cuestiona tal

premisa. Su intelecto ha entrado en conflicto consigo mismo y hasta se reprocha por haber caído en la tentación de leer esa historia censurable. Pero cuanto más intenta evitar sus consecuencias, más imágenes libidinosas la rodean y poco a poco se rinde a sus encantos y al borde de la desesperación se arroja bajo las sábanas y cubre con ellas su pecado irredento. La luminosidad del amanecer se filtra entre las hendijas de su ventana y ella despereza a su cuerpo aún desnudo. La imagen que le devuelven todos los espejos es de una mujer poco feliz pero sosegada al fin. En cada ocasión en que recurrió a esas prácticas, sintió culpa pero ahora no; solo mil cuestionamientos sobre sus derechos de mujer, o al menos, la plena satisfacción sexual que con su hombre no logra. Muchas veces ha oído sobre las proezas de los amantes de una película triple equis pero sabe que la edición tiene más que ver con todo ello, que los protagonistas en sí y por esa sola razón jamás le atrajo verlas. Pero la historia que acaba de leer presupone más un juego provocador y sugerente cuyo principal actor es la mente de quien lee; para ella fue una pócima mágica con ingredientes de una inédita estimulación sexual y solo con imaginarse en una situación semejante se pregunta qué sucedería con su cuerpo si el relato se volviera una realidad. Pero lejos está de poder comprobarlo y como solución salomónica solo se promete concluir con la lectura del libro en su próximo tiempo libre. ¿Quizás esa misma noche? Una desconocida sensación se apoderó de ella y entonces sonríe.

Es día 5 de Enero y el termómetro no deja de subir. La jornada amaneció con calor y los pronósticos vaticinan un día agobiante. Lucía se apresta para partir; debe llegar temprano al campo para coordinar todos los preparativos de la recepción que dará allí.

Puntualmente a las doce, suena el timbre de calle. Atiende el portero eléctrico y...

— ¿Sí?

—Somos Manuel y Augusto! ¿Subimos?

—Sí, sí, claro!— Y oprime el botón de acceso.

— *¿Manuel y Augusto?*— se preguntó— *¿Qué raro? Pensé que tenían un compromiso! Bueno, seguro que pudieron eludirlo y decidieron festejar con nosotros! Quizás no tienen auto y vienen conmigo! Sí, claro, eso debe ser! Bueno, veremos cómo nos arreglamos para entrar en mi coche!*

Lucía escucha cuando la puerta del ascensor se abre y sale a recibirlos,

pero la reacción de ellos al verla fue de asombro y sorpresa...

—Lucía!— dijo Manuel con estupor —No esperábamos verte aquí!

— Ah, ¿No? Y a quién esperaban encontrar, ¿a Cenicienta? Bueno, no importa! Ayúdenme con estas cosas, por favor! Vamos en mi coche, si quieren!

— ¿Vamos? ¿A dónde?

—Al campo! Ja, Ja, Ja! ¿No les dijeron que es allí la fiestita?

— ¿Al campo? Bueno, sí! Dale te seguimos! Estamos con nuestro auto — dijeron intrigados.

Lucía sonrió para sus adentros por la confusión de ellos. Pero se alegró de que pudieran acompañarla en esta fecha tan especial. Durante el viaje, imaginó como serían los festejos; mil diálogos distintos y un común denominador: la diversión y la camaradería. Pero de pronto, no sin una pizca de angustia, recordó que al mediodía irían a entregarle el obsequio que encargó Gastón.

— *Uy, qué bobada la mía! Bueno, más tarde llamo a Gerardo y me disculpo con él!* — pensó. Ya es tarde para regresar. Rato después arriban al lugar y con ellos, los invitados. Todo es algarabía y exclamaciones exageradas que se confunden con los halagos a Don José que meticulosamente cuida que el fuego no chamusque la carne que está asando. Él, gaucho viejo y avisado, como le gusta que le digan, se ríe de quienes le hablan con acento gauchesco creyendo que todos, en la campiña, así lo hacen. Pocos saben que Don José esconde, debajo de su vestimenta típica, a un hombre instruido y con una licenciatura en administración agropecuaria y que además, gracias a sus ancestros teutones, habla a la perfección el idioma alemán. Sin embargo, no se jacta de ello y tampoco hace alarde ante desconocidos. Tanta es el jolgorio que nadie se sorprendió por la presencia de Manuel y Augusto; Lucía creyó que había sido un mal entendido y ellos se concentraron en disfrutar de la fiesta. Mientras tanto, la música sube y baja de volumen dependiendo del gusto de quien esté más próximo a sus controles. Ya los más jóvenes se han quitado algunas prendas y toman sol al borde del estanque. Hace calor y el agua límpida invita a un chapuzón. Don José se acerca a Lucía y le pregunta si va a necesitar más de sus servicios a lo que ella responde...

—No, José, muchas gracias. Vaya tranquilo que yo me ocupo del resto

una vez que se retiren mis invitados!

Alguien pregunta...

— ¿De quién es este teléfono?

— Ay, es mío, ¿dónde estaba?— pregunta Lucía sorprendida

— En la cocina y escuché que alguien te estaba llamando!

— Gracias, María!

Observa la pantalla y ve que tiene varias notificaciones de comunicaciones perdidas de Gerardo y pensó: —*seguro que me llama para volver a combinar la entrega del obsequio; más tarde lo llamo!*

También hay un mensaje de Gastón y lo lee: “*para que no te olvides de mí cuando recibas el obsequio que te envié*” y lo acompaña con una fotografía suya totalmente desnudo y recostado sonriente sobre una gigantesca cama. Ella sonrió por su desparpajo y temiendo que alguien pudiera verla, apagó el aparato y lo guardó en un bolsillo. Pero algo había en esa fotografía que la intrigó y volvió a mirarla. Y lo que vio le heló la sangre: fue tomada con su propio teléfono y desde una distancia demasiado lejana para ser una selfie...además sus manos están absolutamente libres y visibles. Y entonces, le asaltó una duda *¿Quién la tomó? O ¿cómo lo hizo desde esa distancia?* Pero le sorprende lo poco que le importa averiguarlo. Quizás no deba darle tanta trascendencia a ello; quizás sus dudas sean totalmente infundadas; después de todo, Gastón jamás le dio motivos para dudar de él. O quizás ya no lo ama tanto como creía. — *¿Nooo, qué estás pensando Lucía? Claro que lo amo!*— Y se reprochó haber tenido pensamientos tan detestables como ese. Pero pronto, ya no pudo seguir con sus cavilaciones domésticas porque Manuel y Augusto que se quitan sus camisas, se descalzan y sonrientes se acercan a ella; solo con unos jeans gastados como única vestimenta. Sus torsos desnudos varoniles y perfectos y sus músculos en absoluta armonía, alteraron sus sentidos de manera inimaginable. Se siente halagada cuando la toman por las manos y la conducen hasta el solárium de la piscina. La música suena fuerte. Es hora de bailar, pensó, y ensayó algunos pasos de baile sin sospechar siquiera que las intenciones de estos hombres no eran precisamente las de bailar con ella. Poco tardó en descubrirlo cuando escuchó que preguntan a dúo a la concurrencia: “*Hoy Lucía es nuestra Reina, ¿no? Y a las Reinas ¿adónde se las sienta?*”— y todos conocen la respuesta, menos ella —“*En la sillita de la Reina!*”— Manuel, frente a ella, sin perder su cautivante sonrisa comienza a quitarle la solera que cubre su bikini negra y

recién entonces intuyó cual sería su destino si no se opone e intenta escabullirse; pero dos manos fuertes, lo impidieron. Se sorprende a si misma que esté disfrutando de este juego cuando siempre le pareció brutal y sin sentido. Su lucha por huir de ellos provoca roces y apretujones sensuales que son justificados por las leyes de la moralidad y permitidos en su carácter de involuntarios. Ya olvidó la fotografía de Gastón y también el enojo que le provocó. Ya fue despojada de su calzado y también de su vestido. Ya sus manos son sujetadas por Augusto y sus tobillos por Manuel que no puede disimular su interés en mirar con insistencia a sus exuberantes senos bambolearse cuando ambos la mecen antes del vuelo final hacia el agua. Todas son risas y el conteo a viva voz acompaña el balanceo de Lucía hasta que la dejan caer. No fueron groseros y los compensó emergiendo del agua con una sonrisa de complacencia que los cautivó. Ya todos se arrojaron al agua y por eso nadie notó cuando Manuel la toma desde atrás y con sus manos roza adrede su abdomen. Ella, más que resistirse, lo disfrutó pero solo hasta que su conciencia le cuestionó su actitud pasiva con reproches a una supuesta deshonestidad moral y eso la obligó a desprenderse de él aunque íntimamente deseaba no hacerlo. Se sumergió y nado bajo el agua hasta un punto diametralmente opuesto, emerge y lo mira procurando entender que es lo que había sucedido entre ellos. Algo se precipitó demasiado rápido y no sabe que es, pero lo intuye. Su confusión es absoluta. El mensaje de Gastón retumba en su mente y no logra descifrarlo. *¿Por qué no habría de pensar en él cuando reciba su regalo, si es precisamente algo que cuidadosamente ha elegido para ella? ¿Por qué se fotografió desnudo para enviar ese mensaje? ¿Quién estaba detrás de la cámara en ese momento? ¿Hay un mensaje oculto en ello?* Y de pronto, recordó la cara de asombro de Manuel cuando los recibió en su departamento, más allá que no recordaba haberle dado su dirección jamás. Era evidente que no era ella a quien esperaba ver en ese lugar y también vino a su memoria que fue justo en el horario acordado para recibir su obsequio y entonces se preguntó una y mil veces si ellos tienen algo que ver con todo eso. Muchas son las preguntas pero para ninguna encuentra la respuesta adecuada. Solo conjeturas sin sentido. Lucía observa detenidamente cada uno de sus movimientos y cada uno de sus gestos. Experimenta una rara sensación en su cuerpo; se sabe excitada pero no logra desentrañar por qué. *¿Acaso su mente en algún recóndito rincón de su laberinto haya sorprendido a sus sentidos adormecidos y los zamarreó para*

desentumecerlos? Dudas, dudas y más dudas. ¿Qué hacen Augusto y Manuel allí? Actúan como si también ellos estén confundidos. Quizás haya llegado el momento de averiguarlo, pensó...

— Chicos, sólo para sacarme una duda...alguno de ustedes conoce a Gerardo, el amigo de Gastón?— Nunca supo porqué lo había preguntado y menos sin preaviso, pero se dejó llevar por una corazonada y actuó en consecuencia. Ambos se miraron y asintieron con la cabeza pero sin emitir palabra alguna. Y continuó...

— ¿ustedes tienen mi regalo?

—Sí, pero creo que hay un error y quiero hablarlo contigo en privado!— respondió Manuel.

—Ok! Vayamos adentro y me contás.

Momentos después...

—Lucía, no voy a dar vueltas e iré directamente al grano. Con Augusto hacemos shows para mujeres y Gerardo a menudo nos contrata. Temo que esta vez se equivocó de dirección porque no creo que vos hayas contratado estos servicios, ¿o me equivoco? No te voy a negar que me hubiera encantado equivocarme, pero quiero ser justo contigo. Muchas de quienes están hoy aquí conocen esta faceta nuestra y para que no haya malos entendidos nos vamos a retirar antes. Así nadie podrá vincularte con nada que te avergüence.

—Ay, Manuel, Manuel! No sabés como te agradezco que me lo hayas dicho. Me quitaste un gran peso de encima. Pero también quiero decirte que no quiero que te vayas antes; no me parece justo y además que ellas piensen lo que quieran. No voy a juzgarte. Lo que es más, quiero que seas el último en irse... ¿qué me dices? Después hablaré con Gerardo y aclararé todo esto.

— ¿Estás segura de lo que decís?

—Sí claro

— ¿Sabés algo?

—No, ¿qué?

—De una mujer como vos cualquiera podría enamorarse

— ¿Sí?

—Sí, incluso yo!

Lucía lo miró sonriendo y muy cerca estuvo de responderle que ella también podría enamorarse de él, pero se contuvo para que no hubieran malos entendidos. Lo besó delicadamente en la mejilla y salió de allí. Pero al acercarse al grupo de amigos que aún disfrutaban de la piscina, comprendió que

también ella necesitaba un buen refresco y sin dudarle se arrojó al agua. Apenas un rato después, ve como Manuel se recuesta en una reposera. Ella sale y se recuesta a su lado, pero si siquiera mirarlo. A la vista de todos, ella solo quiso disfrutar del sol y nada más que eso. Pero en la intimidad de su mente, un torbellino de sensaciones agita a todo su organismo. Se siente atractiva, deseable y también deseosa. Un leve pero muy intenso cosquilleo ha alterado a todos sus sentidos. Es posible que sea la proximidad de la fruta prohibida o acaso es por haber recuperado la pasión de mujer que creía en el olvido y en cualquier caso, no importa, le sienta bien...muy bien.

La tarde va llegando a su fin y con ella la reunión con amigos. Uno tras otro, los invitados se van despidiendo y Lucía, como buen anfitriona los acompaña hasta sus vehículos. En el campo hay pocos lugares donde la señal del teléfono móvil es buena o al menos aceptable y precisamente donde ahora está es uno de esos lugares. Los mensajes y notificaciones comienzan a llegar. Lee solo dos; uno de Gastón y otro de Gerardo. Gastón le pregunta si está disfrutando de su obsequio. Ella responde con un simple “Sí” y Gerardo también hace mención al presente pero va un poco más allá y dice: *“Estimada Lucía, Gastón me habló sobre sus preferencias y sin desmerecer a los que le envié, que por supuesto son muy buenos, cumplo en informarle que también dispongo dos de raza negra si así lo prefiere. Sin ánimo de molestarla en este tan especial momento, aguardo sus comentarios cuando lo disponga. Saludos Gerardo*

Lucía quedó petrificada. Es posible que no haya habido ningún error y que Manuel y Augusto hayan ido a la dirección correcta. Aún retumban en su cabeza las palabras de Gastón cuando le habló sobre el obsequio que él había pensado para su prometida: — *“Amor, relájate y disfrútalos! Si no te gustan o te parece de mal gusto un regalo de compromiso como este, los rechazás en el momento”*

Y piensa — *No puedo creerlo, quizás él creyó que en verdad mi fantasía es tener sexo con dos hombres y como no tuvo el coraje de presenciarlo ni de proponérmelo frente a frente, el viaje a España fue la excusa perfecta para hacérmela realidad sin riesgos para su orgullo masculino*

Recuerda que cuando bromearon sobre esto, ella había hecho mención a dos hombres negros y tal vez por eso es que Gerardo le mencionó que también dispone de dos de raza negra. —*Y tal vez, también en su fantasía esté el hacer el amor con dos mujeres y por eso se fue a España con esas dos*

*atorrantas, que encima le sacaron la fotografía para demostrarme que él también tendría su momento de gloria antes de casarnos!*

Consternada, regresa hasta la piscina donde aún están Augusto y Manuel, e imagina que en su ausencia algo habrán hablado entre ellos sobre este mal entendido.

Bajo otras circunstancias, ella hubiera sentido un odio homicida pero curiosamente solo percibe a sus genitales alterados con un cosquilleo incesante que atrae toda su atención. Se ha quitado de la mente toda la presión que por sus valores morales le impedían sentirse excitada ante la proximidad de Manuel. Ya no siente culpa por ello pero su confusión aún perdura. Su intelecto está muy activo; se imagina gozando con ellos y por temor a quedar en evidencia lentifica los pasos...

Mientras tanto, Gerardo recibe un llamado...

—Hola Gerardo, habla Rocío! Decime, ¿qué es lo que entendiste cuando te pedí dos machos bien machos para mi despedida? Salame, me mandaste dos cachorros! Son machos y divinos pero la verdad es que teníamos ganas de otro tipo de fiesta! Además, perros ya tengo!

—Esperáme un momento Rocío, que veo que pasó!— Y busca desesperado su agenda de eventos y comprueba con desesperación su error. —Rocío, mil perdones, los perros eran para otra persona y no sé porque fueron para tu casa. Ya mismo te mando lo que me pediste y con ellos va el dinero que pagaste porque no te voy a cobrar cuando te arruiné la fiesta!

— Gerardo, sos un grande! No te preocupes, Ya nadie es tan considerado!. Tengo tiempo aún. No me mandes el dinero...solo los dos strippers que te pedí!

Gerardo, con evidente fastidio, llama a los teléfonos móviles de Manuel y también al de Augusto pero no hay respuesta. Busca su automóvil como último recurso para evitar una catástrofe pero camino a la cochera recordó las palabras de Lucía que le había anticipado que iría al campo y que en el departamento no habría nadie para recibir su obsequio. Está perdido. En tanto que Gerardo se mortifica por el error cometido, Lucía, en su desconcierto, continúa caminando hacia ellos. Lee y relea los mensajes recibidos porque aún giran en su mente las figuraciones de Gastón desnudo junto a Ana María y Letizia, adúlteros todos y aunque por su educación conservadora en ellas solo vea traición, también la motivan para liberarse de todas las cadenas que

por años la aprisionaron en las celdas de una circunspecta castidad impuesta por el convencionalismo de su promesa de fidelidad. Ello la alivia pero no la exculpa de sus responsabilidades y su juicio le indica prudencia. Pero su cuerpo se rebela y la obliga a avanzar. Siente deseos de correr hacia ellos, arrojarse a sus brazos y que la providencia decida su ventura. Sabe que se ha vestido con otra piel; ahora es más suave, más tersa y más sensual y poco podrá hacer para evitar su destino sicalíptico. Comprende que por años contuvo sus deseos carnales por mantener viva su decencia e integridad ética y ahora, la ilusión de que esto es un anhelo encubierto de Gastón, la excusa de cualquier reprimenda autoinfligida. No obstante, su consciencia le indica prudencia y le pide evidencias concretas, pero su cuerpo observa su reloj interno y le recuerda que el momento es ahora. Y entonces, decidida se encamina a ellos y sin siquiera mirarlos se quitó la solera, se arrojó al agua y tomándose de la escalera aguarda por la reacción de los hombres. Pero no ocurrió nada, absolutamente nada; ellos no movieron ni un solo músculo y continuaron gozando de los últimos rayos de sol sobre sus acalorados cuerpos. El calor aún es agobiante y ella intuye que tarde o temprano sentirán deseos de refrescarse y se regodea con sus pensamientos inconfesables. Cierra sus ojos y guardó silencio. Todo su universo está calmo y quieto. Apenas se oye un leve repiquetear del oleaje cuando golpea los bordes del estanque o el trinar lejano de las aves en un monte de eucaliptus. Arde por dentro y su excitación es ya evidente pero solo se advierte si se observan con detenimiento los pequeños indicios que deja expuesta su alteración hormonal. Abre y cierra sus piernas en un juego estimulante a sus apetitos carnales. Los minutos transcurren y su paciencia se agota. Y ya no resiste tanta incertidumbre y cual traviesa adolescente procura espíarlos con disimulo y por el rabillo del ojo para no demostrar su interés, pero no los ve; las dos reposeras están vacías. Ya sin reservas se pone de pie y mira en todas direcciones y nada, absolutamente nada se mueve a su alrededor. Preocupada sale desde la piscina y busca entonces una mejor posición para observar. Y allí están; Augusto se ha cambiado y camina lento hacia ella.

— ¿Te vas? Pregunta Lucía

— Sí, Lucía! Manuel me explicó todo y creo que te debemos una disculpa. Es seguro que pronto alguna de las chicas que estuvieron aquí hoy nos va a llamar, pero seguramente por chismosas más nada y si saben que estamos en la ciudad tú quedarás fuera de toda sospecha. No se nos ocurre

nada mejor para enmendar nuestro error.

— Chicos, a mi no me importa lo que ellas puedan pensar de mí. Me da pena que quieran que irse por eso.

—Yo me voy, porque tengo otro compromiso pero Manuel va contigo más tarde, si a ti no te molesta!

—Noo, cómo me va a molestar!— Exclamó feliz como si hubiera escuchado a un coro de ángeles entonando el Ave María.— Quizás lo hagamos después que termine de ordenar todo, ¿te parece, Manuel?— le dijo sin mirarlo para no quedar en evidencia.

—Sí, por supuesto!— respondió Manuel al tiempo que cruzó su brazo por detrás de su cintura.

Lucía tragó saliva y quedó sin palabras. Supo que si continuaba con la parodia arruinará todo; su mente es un torbellino de emociones y quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Solo atinó a despedirse de Augusto con un beso sobre su mejilla pero no se atrevió a mirar a Manuel, ni siquiera por un instante por temor de haber malinterpretado el gesto del abrazo. Solo unos segundos después de que el automóvil se perdiera en la distancia pudo hacerlo. Y lo hizo en silencio, apenas sonriendo. Pero fue suficiente para comprender que ambos desean lo mismo pero que ninguno dará el primer paso hasta tanto estar seguros de tocar tierra firme. Ambos están en una posición engorrosa; saben que cualquier decisión que tomen podría ser la equivocada. Ella, sin saberlo, fue siempre deseada ardorosamente por Manuel pero su amistad solemne atentó siempre en contra de cualquier intento de acercamiento sexual y ahora no arriesgará la oportunidad que se le brinda desde la casualidad por unas tontas sospechas. Pero algo ocurrió que los sorprende; el auto de Augusto regresa de repente y se detiene justo detrás de ellos. Quizás fue algo ya planeado o quizás una simple coincidencia pero Manuel sale corriendo hacia la piscina y a viva voz la desafía...

—el último lava los platos! Ja, ja, ja!

—sos un tramposo! Le grita Lucía tan sorprendida como retrasada

—Y yo también, ja, ja, ja!— le dice Augusto mientras la sobrepasa en la carrera y se arroja al agua junto a su amigo.

Unos pocos segundos después llega Lucía que, aunque divertida, sabe que debe dar, a cambio, un golpe de gracia. Su mente gira a la velocidad de la luz buscando algo que la destaque pero el timbre insistente de su teléfono móvil distrae su atención. Ingresar el código de seguridad y su corazón comienza a

latir más rápidamente; ve que es un mensaje de Gerardo. Durante varios segundos miró la pantalla sin abrirlo. La sonrisa ya se ha borrado de su rostro. Intuye que de hacerlo leerá algo inconveniente para sus planes; quizás por su instinto de mujer o quizás una señal del más allá pero sea cual fuere el motivo se resiste a hacerlo. Su dedo índice permanece inmóvil a menos de un milímetro de la pantalla y justo por encima del nombre de Gerardo. Si lo toca, el mensaje se abrirá. Respira pausadamente y en silencio; los segundos pasan y ella no reacciona; hasta que cierra sus ojos como si no quisiera ver que lo está haciendo y apoya el teléfono sobre una de las reposeras pero sin soltarlo. Permanece así por un instante como si aguardara una orden de su conciencia que le exija hacer lo contrario y entonces abre su mano. Recuerda las imágenes en la piscina del libro que leyó antes y las compara con la escena que aguarda por ella a sus espaldas y no puede evitar un cosquilleo intensísimo en sus partes íntimas. Manuel y Augusto la observan en silencio y casi inmóviles esperan ver su reacción. Ellos también saben que en ese mensaje está la clave para continuar o destruir todas sus expectativas de diversión. Lucía camina lento y hacia el borde mismo del natatorio y con un movimiento muy suave y sensual, gira sobre sí misma y se quita la solera. Les da la espalda y por ello no ven su rostro y tampoco su expresión. Pronto comprenderán que Lucía ha tomado una decisión y quizás ésta cambie para siempre su destino. Despacio pero con decisión inalterable, desprende su corpiño y lo arroja a un costado y un instante después también su biquini corre la misma suerte. Se ha desnudado enfrente de sus invitados más deseados y entonces se deja caer al agua. Sus designios están sellados y ya nada podrá desviarla de su estrella. Comprendió que ya no logra dominar sus reacciones ni sus emociones. Está excitada y no puede disimularlo más. Emerge y lentamente se aproxima a ellos; ha capitulado y ya no se resiste a sus necesidades.

Cierra sus ojos; pronto sentirá su piel erizada ante el primer contacto y cuando este se produce se estremece como una colegiala ante su primer beso. Entonces un cosquilleo indescriptible la invade toda y las llamas de la pasión la consumen lentamente. En sus sueños más erotizados sus encuentros fueron tiernos y apacibles pero ahora su mente conspira contra tanta mansedad y le arroja fotogramas de amantes de rusticidad animal con escenas de sexo escabroso e impúdico que la sorprenden por su fervoroso estímulo erótico. Es así que su pulso aumenta de manera sideral y las palabras de sus amigas

retumban en sus oídos y se tornan ensordecedoras. Tantos pensamientos lúbricos se agigantan aún más cuando los hombres recorren palmo a palmo y con las yemas de sus dedos cada centímetro de su piel, con toques apenas perceptibles, muy suaves y delicados. Lucía se expone a ellos en entrega sumisa y les ofrece sus pechos con sus pezones erectos, sus areolas dilatadas y con la sensibilidad explícita y la osadía manifiesta en cada una de sus acciones. Su cuerpo y su mente son esclavas lujuriosas de las propuestas ardorosas que recibe. Ya no hay arrepentimientos posibles y las conductas racionales han desaparecido. Todo es lascivia y obscenidad y el aire huele concupiscente. Muy lejos ha quedado la mujer recatada y puritana; ahora es una hembra deseosa de los más impúdicos recursos de satisfacción sexual. Súbitamente se sumerge, los despoja de sus bañadores y toma sus penes entre sus manos para succionarlos con devoción inaudita. Su vagina se dilata y se dispone para el primer ingreso. Manuel besa sus labios y comprime sus senos con asombrosa suavidad mientras Augusto recorre con sus dedos el surco interglúteo estimulando su ano a la vez que Manuel con el pene erecto agujiona su ingreso vaginal. Ya sus ansias de ser penetrada trastocan su voluntad de resistirse. Se deja caer hacia atrás y flota a la deriva ofreciendo su cuerpo para saciar sus deseos insoslayables.

Augusto le separa las piernas y gentil primero y luego con fogosidad lame su vagina mientras Manuel guía a una de sus manos hasta su vástago erguido. Lucía obediente cual cautiva entre salvajes, lo toma sumisa y lo acaricia en todo su recorrido. Ahora comprende finalmente la fama que lo antecede y solo le resta saber si su sonrisa quedará a perpetuidad en su rostro como cuentan sus amigas. Augusto sale del agua y acomoda algunas colchonetas sobre el deck que rodea a la piscina mientras Manuel juguetea con ella en el agua, tocándola, besándola, incitándola a la acción sin tapujos ni temores y Lucía se deja llevar por sus propias sensaciones y apetencias. Luce embelesada y absolutamente entregada a los placeres carnales. Manuel reconoce esos gestos y la toma por la cintura y la eleva con ternura para depositarla suavemente sobre el tablado. El pudor, que aún perdura en ella, la lleva a cubrirse los pechos desnudos pero la imagen de los dos miembros erectos frente a su rostro la persuaden y libera su pasión. Toma a ambos entre sus manos y comienza a lamerlos y succionarlos de a uno en vez. Son perturbadores, fascinantes, estimulantes y Lucía no recuerda haber sentido tanta atracción sexual por un hombre antes y mucho menos por dos. Está

extasiada y teme que su inexperiencia la lleve a cometer errores que no permitan gozar a sus amantes y entonces les pide que la guíen para satisfacerlos mejor. Manuel, entonces, le dice...

—Shhh, sólo relájate y goza que entonces nosotros también lo haremos!

Y mientras ella continúa enardeciendo el miembro de Augusto, Manuel besa su cuello y baja por su espalda y continúa por sus glúteos hasta llegar a sus labios vaginales. Succiona su clítoris, roza su ano y es así que ella percibe los primeros espasmos orgásmicos. Su cuerpo vibra y se retuerce de placer. Ya no resiste más y quiere sentirlos dentro suyo y que la obliguen a mostrar su lado salvaje y procaz incitándola a exhibirse libre e indecorosa. En los montes aledaños hay un silencio absoluto; Las aves han callado su canto. Algo distinto está sucediendo allí y están alertas. Los sonidos que inundan sus oídos son desconocidos. Son los gemidos de Lucía que sucumbe ante las caricias y las propuestas eróticas que recibe y más aún cuando ellos vacían despacio una botella de champagne sobre su cuerpo y se lo lamen sin pausa hasta quitarle todo vestigio de espumante. Manuel, sereno, vuelve a besarle los pechos y continúa por su abdomen hasta concluir entre sus labios vaginales. Toma sus piernas desde atrás y con un movimiento muy suave las separa. Lucía comprende que su momento está próximo y no puede evitar un escalofrío. Está por ser penetrada por el hombre con el que tantas veces soñó y percibe como su vulva se humedece y se dilata aún más. Un hilo de flujo vaginal se escapa lentamente y lubrica su ingreso. Augusto disimuladamente deja la escena y se aleja de ellos. Conoce el poderío amatorio de Manuel y sabe que ahora no será necesaria su participación. Ella lo toma con ambas manos por las mejillas y le sonríe libidinosa, ardiente y deseosa. Sus mamas lucen enrojecidas e hinchados de sangre caliente. Su respiración es agitada y el incesante cosquilleo púbico la enardece aún más. Está inquieta, exaltada y algo nerviosa como si se tratara de su primera vez.

Pero pronto siente a sus labios vaginales presionados. Manuel, con su pene puja por ingresar y Lucía siente que su pulso se acelera. Baja sus manos y por simple instinto las interpone entre ellos para poner coto a tanto ímpetu sexual, pero los cuerpos resbaladizos atentaron en su contra y entonces un fuerte e intenso ardor erótico la paralizó; sus ojos se cerraron apretados, igual que sus brazos cuando intempestivamente rodearon su cuello y solo logró emitir un quejoso...

—Uy...Uy...Uy...! Uuuuhhh!!!— El falo de Manuel ha logrado

penetrarla. Mil sensaciones diferentes la invadieron, pero de pronto detuvo su avance y lentamente se retrae. El hormigueo vaginal es tan intenso que solo atina a sonreír libidinosamente. El placer es infinito. Pero muy rápido comprendió que su pasividad fue momentánea porque antes que pudiera reaccionar él le hundió el falo con mayor vigor y profundidad.

—Aahhh...hhhh.. Diii...ooss...hhh! — Gimió lastimosamente. Todo el aire le fue insuficiente y su boca muda se abre toda para inhalarlo todo, porque con cada embate peneano se obliga a expulsarlo en una queja inacabable; Manuel conoce su poderío y entonces sus vaivenes pélvicos son aún suaves y lentos pero progresivamente incrementan su ritmo y profundidad. Todos sus movimientos son para dar placer. Lee cada gesto del rostro de Lucía y actúa en consecuencia. Empuja despacio y apura el final para engrandecerle sus sensaciones. De a momentos lo quita todo y cuando Lucía desespera vuelve a introducirlo. Ya ha logrado su adicción al placer. Ya es su esclava sexual; ha dominado todas sus voluntades y sabe que si se detiene el síndrome de abstinencia la enloquecerá. Ha logrado que se le antoje todo y que su cuerpo vibre y se sacuda intensamente; un ardiente y penetrante cosquilleo ha invadido su vagina y la despojó de todo control y mágicamente la transporta hasta las puertas del delirio. Está en las inmediaciones de la vesania sexual y con deseos de morderlo y en el mismo momento besarlo con pasión o arrancarle los cabellos con sus manos o todo eso y al mismo tiempo y con igual enardecimiento; todo es igual, es la más hermosa histeria licenciosa que jamás experimentó. En cada pausa Lucía toma aire pero su exaltación permanente le impide relajarse y a duras penas logra mirarlo pero solo para anticipar su próximo movimiento. Quiere y necesita gozarlo todo y entonces eleva aún más sus piernas, retrae sus rodillas y las acerca hacia sí. Sus ojos, su boca y su rostro todo, tienen la genitalidad dibujada en ellos y dan un claro mensaje de obscenidad; para Manuel un gran afrodisíaco y entonces toda su potencia no se detuvo hasta que le hundió el bálano entero. Toda su vagina se hinchó y sus tejidos se estiraron al límite de su resistencia. El rostro de Lucía se desdibujó en una mueca indescriptible de gozo y solo atinó a abrir su boca para emitir un grito que nunca se oyó. Solo fue una exhalación profunda e interminable. Su cabeza cayó hacia atrás y sus manos buscaron algo por donde asirse pero fue en vano. Su mente ordena pero sus neuronas alocadas no responden porque el bombardeo de estímulos que reciben las ha aturdido. Es mucho el ardor pero mucho el deleite y es así

que lo rodea con sus piernas para aprisionarlo y eternizar este momento. Procura decir algo pero no logra articular palabra alguna. El cosquilleo vaginal es ya casi insoportable y aumenta cada vez más. Es el orgasmo más largo e intenso que jamás experimentó y cuando creía que perdía el conocimiento, la sorprende un nuevo y feroz embate y luego otro y otro más; Augusto, desde la distancia, escucha sus gritos de fruición y se sonríe maliciosamente. Otra víctima ha caído bajo los embrujos de Manuel. La piel de Lucía luce sudorosa y enrojecida. Sus movimientos son toscos y están desordenados. Sus ojos son dos bolas blancas porque el iris ha desaparecido detrás de los párpados y su boca ha quedado abierta a perpetuidad. Pero él conoce esos síntomas y sabe que el estallido hormonal está próximo y se puso de pie con ella a horcajadas y apura sus embates con mayor intensidad y profundidad.

Ya no se limita y muestra su lado animal envilecido. Y, entonces, toda su rigurosidad masculina la sacude con brutal apasionamiento y la somete a toda su ferocidad amorosa hasta que ella explota con una sucesión de ardientes convulsiones vaginales que le quitan el poco aire que aún respiraba y ambos pierden el equilibrio y caen a la piscina. Sin energía ni voluntad para reaccionar se sumerge totalmente pero Manuel la rescata y la sostiene hasta que concluya su orgasmo. Lucía con la respiración entrecortada lo mira y le sonríe con dificultad aún turbada por semejante traqueteo sexual.

Su corazón late a un ritmo rayano con una taquicardia y a duras penas se cuelga del cuello de su amante para no hundirse, pero sus fuerzas flaquean y entonces él la sube a un colchón inflable que aún flota en la piscina y allí, desnuda, con la piel acalorada y su pecho convulsionado por el agotamiento busca relajarse sin cuidar su postura ni sus buenos modales. Con los brazos y sus piernas totalmente abiertas, exhibe todas y cada una de sus partes púdicas e intenta relajarse y recuperar su aliento. Pero esa es una visión demasiado atractiva para cualquier hombre que se digne de ser hombre y Augusto que vio toda la escena anterior, está excitado y se acerca buscando consuelo. Ella imaginó que su periplo sexual había concluido pero no necesitó de mucho más para comprender cuán equivocada estaba. Lo ve acercarse y comprende para qué y aunque está agotada, el solo pensar que va a ser amada nuevamente la estimula. Pero para ello necesita recuperar fuerzas y entonces gana tiempo al sonreírle complacida y pretende distraerlo acariciándole el rostro y su pecho velludo y varonil. Son minutos cruciales y tal vez

suficientes, pero su tiempo no es el de él y sin mediar palabra la voltea de la colchoneta y la besa con pasión. Augusto sabe que la única manera de no quedar en desventaja con su antecesor es aprovechar que el agua lave la lubricación vaginal y entonces que el ingreso peneano sea más dificultoso. Sabe que así se genera un mayor roce interno y aumenta sus posibilidades de complacencia y entonces, la toma por detrás de sus muslos la eleva sobre su pene y la penetra con suavidad. Lucía siente que sus paredes vaginales se expanden pero no puede evitar las comparaciones, aunque solo por unos segundos porque, Augusto, a sabiendas de que ello ocurriría, intensifica sus meneos pelvianos, además de mecerla sobre su falo erecto para incrementar su gozo. Lucía sorprendida por la tenacidad de Augusto, se deja conducir y mueve sus caderas al mismo ritmo y se deja caer hacia atrás para facilitar el ingreso profundo pero sin contemplar que por momentos estaría sumergida y que por la animosidad con que está siendo penetrada, tomar oxígeno es una tarea, por momentos, titánica.

Pronto comenzó a experimentar la falta de aire pero no pudo reaccionar porque la incipiente asfixia la transporta a un estado de excitación tal que su primer orgasmo con fue portentoso. Él mantuvo el control en todo momento y supo cuando ella debía emerger y cuando lo hizo la sometió a una sucesión de embates con tanta fiereza y energía que la transportó hasta los más profundos estadios de satisfacción genital. Su cuerpo vibra, tiembla y se sacude. Sus senos mojados y brillantes se bambolean hacia los costados generando una imagen de tanto voltaje erótico que estimula a Augusto a profundizar su accionar sicalíptico hasta que los últimos espasmos vaginales se consumen. Y entonces se detiene y la sujeta hasta que recupere el ritmo normal de sus latidos y su aliento. Pronto su pulso baja y también su resuello. El color rojizo de su piel se vuelve rosado y las areolas de sus pezones se contraen. Abre sus ojos y los ve sentados a su lado, sonrientes y complacidos por lo que provocaron en ella. Es la satisfacción del deber cumplido. Lucía es una más que los recordará para siempre. La toman con suavidad y la posan sobre algunas colchonetas del solarío. Ella está feliz, relajada y bajo otras circunstancias hubiera cubierto su desnudez de inmediato pero ahora disfruta mostrarse ante ellos sin ropas, sin pudor ni recato alguno. Es como estar en el paraíso que otros tantas veces le prometieron.

Ellos se recuestan a su lado y juntos contemplan como el sol desaparece

en el horizonte. Y la tarde se hace noche y la noche más noche aún y hasta la oscuridad absoluta. Solo las estrellas y algunas luciérnagas curiosas iluminan sus cuerpos aún sin ropas y tendidos. No hay palabras y tampoco ruidos; los grillos y las chicharras permanecen en silencio y expectantes. Solo se escuchan sus pensamientos y, a lo lejos, una rana que anuncia incesantemente que está disponible para procrear.

Más tarde, mucho más tarde, Lucía se coloca la solera y en la cocina busca procura preparar algunas comidas para cenar antes de partir de regreso a la gran ciudad. Augusto y Manuel la encuentran en esos menesteres

—Hola Lucía! ¿Qué haces?

—No mucho, estoy intentando aprovechar los sobrantes del mediodía para preparar unos pábulos, si se me permite el término! Ja, ja, ja! Ya es un poco tarde y seguramente ustedes deben regresar ¿no?

—Al menos yo no tengo ningún compromiso asique puedo hacerlo más tarde— dijo Augusto

—Tampoco yo tengo nada que hacer esta noche!—concluyó Manuel

—Qué bueno, pero no esperen nada de otro mundo porque como verán mi fuerte no es precisamente la cocina!

— ¿Por qué? ¿Acaso no lo merecemos?— dice riendo Manuel

—Como dije antes...apenas unos pábulos! Tampoco fue gran cosa lo que me dieron allí afuera!— responde Lucía con una amplia y pícaro sonrisa mientras se pavonea delante de ellos.

—Augusto, quizás debemos ganarnos el pan con el sudor de “su” frente, ¿no te parece?

—Creo que tenés razón, Manuel!

Y entonces, riendo con ganas, la acorralan y la abrazan uno desde atrás y el otro de frente a ella.

Lucía divertida, grita simulando pedir auxilio, pero muy pronto comprendió que lo que comenzó como un simple juego, simplemente fue el inicio de un nuevo encuentro de sexo. Manuel es el primero en besarla en la boca mientras Augusto le quita, sin más, la única prenda que cubre su dolorido cuerpo. Ella ya no ríe; su respiración se entrecorta por los suspiros. Sus latidos han cambiado y ahora son más notorios y acelerados. Su vagina toma temperatura velozmente y hasta su ano palpita lo que no tardará en llegar. Ella sabe que no habrá preludeo y eso la excita de manera diferente. Conoce a qué se atiene y se prepara para ser nuevamente amada con

ferocidad porque las medias tintas para estos hombres no existen y eso la estimula aún más. Ya su piel alcanzó una colosal sensibilidad y cualquier roce es suficiente para estremecerla. Manuel no deja de besarla en la boca y con la lengua acaricia la suya. Lucía siente un hormigueo que le recorre todo el cuerpo y ansía sentir nuevamente toda la masculinidad dentro. Manuel la toma desde la cintura y la sienta en el borde de la mesada. Lentamente le separa las piernas y con su pene erecto y brillante toca levemente el clítoris. Ella no deberá esperar más; muy pronto una orquesta con mil trompetas sonará en sus oídos.

Afuera, la noche ha vuelto a ser silencio, quizás como presagio lo que vendrá. Nada se escucha porque nadie allí emite ningún sonido. Toda la naturaleza, alerta, se mueve despacio cuidando de no quebrar ni una sola rama con sus pisadas. Hasta que, desde allí adentro, la quietud se rompe cuando los gemidos de Lucía son cada vez más licenciosos y sus quejas más audibles y sólo son interrumpidos cuando algún empellón fálico, denodadamente la hace gritar. Pero más tarde, mucho más tarde, la calma paulatinamente vuelve a reinar y los sonidos se recomponen.

Adentro, Lucía, con todos sus cabellos desordenados, se seca la comisura de su boca con la parte superior de las manos y se quita las molestias de su lengua. Su rostro expresa felicidad y revela paz. Sonríe calma y los observa complaciente mientras ellos se visten despacio y en silencio. Manuel, se acerca a ella y...

—uauh, Lucía! Nunca nadie me ha hecho sentir lo que vos! Jamás pensé, en los años que te conozco, que detrás de esa mujer cariñosa y tan casada, se ocultara tanta pasión y calentura! Solo te pido perdón por el final...eso nunca debió ocurrir!

—Nada tengo que perdonar! Tu placer, es mi placer, Manuel! Y el tuyo Augusto— concluye mirándolo sonriente.

Augusto nada dice, solo sonríe complaciente. Esto es solo un trabajo y nada tienen que ver los sentimientos. Es de madrugada y el sol apenas asoma. Ninguno tiene energías para conducir y entonces cada cual se acuesta donde puede para dormir algo. Más tarde, cuando despierten, partirán hacia sus destinos. Pero de pronto, el timbre de un teléfono rompe la calma. Y enseguida otro y otro más. Son mensajes que han ingresado al unísono en todos los aparatos. Pero ninguno se apura a leerlos. Sospechan de quién proviene y por cual causa. Todos tienen un motivo diferente para creer eso.

Pero ninguno de ellos sospechó lo que pronto ocurriría hasta que el receptor de Lucía comenzó a sonar insistentemente y entonces ella respondió...

— ¿Hola?

— Soy Gerardo, Gastón llegó hoy y supo de mi equivocación y va para allá!

Las palabras sonaron en sus oídos como la sirena de un cuartel de bomberos a dos metros de distancia. La escasa señal hace que las palabras se entrecorten y solo atinó a preguntar...

— Que ¿viene para acá? Y ¿donde es acá?

— Al campo, nena, al campo! Tu portero se... dijo cuand... él no te encontró y... entonces me llamó para preguntarme si te había mandado los perros de regalo y le dije que... ¡pero que vos lo habías rechazado!

— ¿los perros, qué perros?

— Los dos labradores que me había encargado para vos!

— Oh no, gracias a Dios que me encontraste! Mañana te llamo!— Y corta la llamada. Ella había intuido esto mucho antes, pero jamás quiso abrir sus mensajes. Está en falta y lo sabe. Pero ahora no hay tiempo que perder. Manuel y Augusto se visten rápidamente y huyen sin despedirse siquiera. Apenas un *“nos vemos mañana”*.

Lucía se apresura y ordena todo de manera tal que parezca que allí solo hubo una fiesta de amigos y nada más. Y no había arrojado el último plato descartable a la bolsa de residuos, cuando escucha el motor de la camioneta de Gastón que se estaciona enfrente de la casa. Aún estaba desnuda y con el cabello desordenado y un instante antes que él ingresara a la vivienda se vistió solo con la solera, se arrojó sobre la cama y simuló estar durmiendo. Gastón, unos momentos después, ingresa en la habitación y la besa en la frente. Ella aparenta despertar y...

— Hola, amor! Qué sorpresa! ¿Qué pasó que viniste antes? Mucho frío en Madrid ¿o te cansaron las españolitas?— Le dice confiada en que con ello lograría disimular su nerviosismo. Gastón se acerca con una extraña sonrisa y la besa en la mejilla.

— No, nada de eso! Solo que cuando nos entregaron el premio nos enteramos que a la recepción en el palacio real solo iría yo y no me pareció justo que Carlos, que en realidad es el único español, no tuviera la oportunidad de ver al Rey en persona asique le cedí mi lugar y entonces me tomé el primer vuelo de regreso. Te estuve llamando durante todo el día de

ayer y hoy cuando llegué también, pero veo que aún es difícil hablar por teléfono celular aquí. Y vos, ¿cómo lo pasaste? Me dijo Gerardo que habías rechazado el regalo! ¿No te gustó?—

—Gastón, ¿crees que puede gustarme un par de perros para festejar nuestro compromiso?

—Bueno, pero qué perros, ¿eh? ¿Tan feos eran? Bueno, no importa! Igual te había dicho que si no los querías los podías mandar de vuelta. Veré de elegir otra cosa que te guste más. Creí que lo deseabas desde hace mucho, pero veo que me equivoqué. A veces pienso que conozco a las personas y luego me doy cuenta que soy un estúpido, como en este viaje...si te cuento, no lo vas a creer! ¿Te acordás de Letizia y Ana María?

—Sí claro, como no me voy a acordar...las chicas que se fueron de parranda contigo!

—Noo, qué parranda! cuando salimos todos creímos que iban con nosotros a recibir el premio pero resulta que bajaron en Madrid y se tomaron un vuelo a Roma porque se iban a festejar los cinco años que llevan juntas! Ja, ja, ja! ¿No es loco? Nunca supimos que eran...bueno, me entendés, ¿no?

—¿Qué? ¿Lesbianas? Y ¿cuál es tu problema para decirlo así?

—No, no tengo ningún problema, solo que me sorprendió porque siempre pensé que eran...!

—Que eran, ¿qué? ¿Normales ibas a decir?—

—Bueno, sí, algo así!

—Gastón,...son normales! Son como nosotros! Se aman, se desean, se quieren y se casan...son normales!

—Sí, claro!

—Y ¿qué más pasó en Madrid? ¿Que fue esa foto que me mandaste?

—Estaba un poco celoso y quería que tuvieras una imagen mía que te reconfortara en las noches pero ya veo que fui muy infantil! ¿Y vos? ¿Cómo pasaste estos días sin mí?

—Aburrida los primeros días pero hoy vinieron algunos amigos del hospital y comimos un asado que nos hizo Don José! Lo pasamos muy bien. Después fuimos todos a la piletta porque hacía mucho calor.

—Ah qué bonito, la señora mostrando sus atributos a todos sus amiguitos libidinosos, ¿eh?

Lucía pensó que, como la vez anterior, él se estimulaba con el juego de imaginarla en brazos de otros hombres y entonces remató...

—Sí, y los muy turros me tiraron al agua y luego me hicieron el amor desenfrenadamente!

—Y, ¿lo pasaste bien?

—Muy bien!

Pero algo había en sus preguntas que le hizo sospechar que algo no estaba bien y decidió no continuar. Teme decir algo que la comprometa.

—Ok, me alegro! Después voy a verlo y comprobar si realmente fue así!

Sus palabras fueron una bomba en su cabeza y preguntó tímidamente...

—¿Ah sí? Y ¿cómo vas a verlo? ¿Tenés la bola de cristal?

—No, tengo el registro de las cámaras que pusimos hace un mes después que nos robaran, ¿te acordás?

—¿Qué cámaras?— Preguntó Lucía disimulando su terror.

—¿Te acordás cuando me llamó Gerardo, el mismo que tenía que traerte el regalo? Bueno, hace más o menos un mes me vendió diez cámaras de seguridad que se comandan desde el celular, si quiero...o si quiere él!

—¿Cómo que si quiere él? ¿Él puede vernos ahora?

—Sí, lo que ocurre afuera de la casa, sí! Él nos vendió la protección y el monitoreo. Si ve algo anormal llama a la policía. Es genial! Pero, no te preocupes porque nosotros también podemos ver que es lo que sucede desde nuestra PC o desde el teléfono celular, al menos cuando la señal es buena! Y cuando queremos algo de privacidad, vamos al depósito de herramientas, lo desconectamos y listo

—Ah, q...qu...qué bueno! Y ahora ¿cómo está?

—No tengo idea porque desde que lo instaló nunca lo probé!

—Gastón, espero que haya estado desconectado porque a decir verdad me molesta mucho que no me avises de algo así! No me gusta que me espíen!

—Amor, lo que sucede es que no sabía que venías al campo, sino te hubiera dicho cómo desconectarlo! Mirá, veamos ya mismo si está conectado...!— Y busca en su teléfono móvil la aplicación para conectarse.

Lucía, al borde del infarto, entorpece su búsqueda colocando su mano en el aparato simulando querer ver la pantalla...

—¿A ver?

—Cuidado, Lucía, que me lo vas a hacer caer!

—Oh, vamos! No seas exagerado! Es que demoras mucho! Mejor dejame a mí, ja, ja, ja!

Y entonces, visiblemente molesto, Gastón la increpa de mal modo

—Estás actuando raro! ¿Me puedes decir que es lo que te pasa? ¿Crees que sabes hacerlo mejor que yo? Ok, demuéstramelo!— y se lo entrega

— ¿Cuál es la aplicación?

—No lo sé...buscála, ya que sabes tanto!

— ¿Te has dado cuenta lo malhumorado que sos? ¿Nadie puede hacerte una broma? Pero no importa, porque no tenés señal! Aquí nada vas a poder ver, pero si alguien después sube a la red algún video de tu mujer nadando desnuda te vas a acordar de avisarme a tiempo.

—Ja, ja, ja! ¿Nadando desnuda?

— ¿No me creés?— Dice Lucía mientras se quita la solera para distraer su atención. Ya tiene la información que necesita; sabe donde está instalada la central y más tarde tendrá tiempo de hacer una incursión allí y borrar cualquier prueba de su aventura amorosa. Y entonces, lo toma de la mano y fingiendo haberlo extrañado lo besa en la boca mientras le rodea el cuello con sus brazos y le insinúa sus necesidades sexuales. Pero Gastón se muestra reacio y no reacciona. Ella se alerta y cambia su estrategia. Lo invita a nadar desnudos aprovechando el calor sofocante de la mañana. Nuevamente él se mostró reticente y entonces Lucía optó por la estrategia más usada por la mayoría de las mujeres...sentirse ofendida.

— ¿Qué te pasa, ya no te gusto? ¿O encontraste alguna españolita que sea mejor que yo?

—Nooo, no me malinterpretes, por favor! Solo que estoy agotado del vuelo y además me preocupa lo que dijiste y a decir verdad tienes mucha razón en estar enojada conmigo por eso de las cámaras. Fue una torpeza mía no avisarte....nada más que eso!

Lucía respiró aliviada. En realidad ella tampoco tenía ganas de hacer nada...ni nadar, ni hacer el amor. Estaba disimulando una fortaleza que no tiene...Manuel y Augusto se habían ocupado de quitarle toda la energía. Le preguntó si había comido algo y él respondió que sí y entonces le sugirió que vaya a descansar...

—Dale, amor! Acuéstate y duerme mientras limpio todo este desorden y te acompaño!—

—Sí, creo que es lo mejor!— La besa cariñosamente y se arroja sobre la cama. Lucía espera un tiempo prudencial y cuando estima que ya se ha dormido, busca las llaves del depósito y corre a revisar el sistema de seguridad. Para su sorpresa, todo el sistema está apagado. No obstante, busca

como encenderlo y ve si hay algún video grabado. Y nada, parece que nunca operó o al menos este día fue así. Distendida, lo desconecta, regresa a la vivienda y se dirige a la alcoba. Gastón duerme profundamente.

Al día siguiente, regresan a la ciudad y nuevamente a la rutina diaria; Gastón a su oficina y ella al hospital. Pero no iba a ser un día normal porque Lucía debe pensar cómo reencontrarse con Manuel y Augusto. Ya nada será igual entre ellos y deberá confiar en su discreción para no ver afectado su buen nombre y honor. Pero las horas pasan y de ellos ni noticias; han desaparecido de la faz de la tierra como por arte de magia. Pregunta por ellos en el departamento de personal y nada, nadie los ha visto hoy. Se extrañó porque es la primera vez en los años que hace que los conoce que sucede algo igual. Y entonces, su instinto de mujer se alerta. Y más aún cuando se cruza con dos de sus colegas y con quienes compartió la velada en el campo. Ellas la saludaron como cualquier día sin siquiera hacer algún comentario sobre la fiesta que compartieron tan solo unas horas antes y eso la intrigó aún más. Pensó que quizás ellas habían bebido en exceso y no recuerden nada de lo que vivieron pero duda que eso fuera así. Pero de pronto, un llamado desde los altoparlantes la volvió a la realidad. El mensaje era dirigido a ella y solicitaban su presencia en la sala de enfermeras y hacia allí se dirigió. Cuando ingresó se sorprendió porque están todas las luces apagadas y creyó que se había equivocado y cuando va a regresar, se encienden todas al unísono y un griterío ensordecedor la recibió; allí están todas sus colegas que al grito de ¡Sorpresa! La tomaron desde una de sus manos y la guiaron hasta una silla que prolijamente habían dispuesto para ella.

—Ok, Lucía! Es hora que nos cuentes con lujo de detalles como te fue ayer!

Lucía jamás imaginó algo semejante y la pregunta la desestabilizó. Durante toda la mañana estuvo buscando a sus circunstanciales amantes para evitar justamente esto pero es evidente que ya no tiene sentido hacerlo y entonces responde lo primero que le viene en mente...

—Y ¿qué tengo que contar que ustedes no hayan visto? ¿Acaso no recuerdan nada? ¿Tanto les afectó el alcohol? Ja, ja, ja!

—Dale, no te hagas la tonta que sabemos que los chicos se quedaron contigo cuando todos nosotros nos habíamos ido. ¿Qué fue lo que pasó entre ustedes tres?

—Nadaa! ¿Qué es lo que se supone que tenía que pasar? Apenas ustedes

se fueron ellos también lo hicieron y al ratito llegó Gastón así que ¿qué creen? ¿Que tuvimos una fiestita entre los cuatro? ¿Acaso no les he contado lo celoso que es él?

—Mmmmh! No te creo nada!— dice María haciendo un gesto de incredulidad

—Ni yo!— agrega Sofía, una de las enfermeras más antiguas del hospital

—Bueno, no es mi problema si no me creen! Chicas, déjense de joder que de ser una broma ya se están pasando. Si hubiera sucedido algo se los hubiera contado porque después de todo no hubiera sido la primera, ¿no?— concluyó Lucía creyendo que inculparlas sería suficiente para que abandonen con su inquisitoria.

—Bueno, tal vez no haya pasado nada pero me resulta sospechoso que sabiendo quiénes son y qué hacen, se hayan quedado hasta último momento para irse. Al menos permítame la duda, Lucía!

—Sí claro, te permito todas las dudas que quieras pero no todas somos iguales ni nos gustan las mismas cosas, ¿no?

—Ok, qué pena! Bueno, mejor nos vamos chicas, que aquí, nada podremos averiguar. Habrá que seguir preguntando. ¿Alguna los vio llegar hoy?— Preguntó Sofía a su grupo de inquisidoras, pero sin dejar de observar la reacción de Lucía.

Y detrás de ella un coro de “*no, yo no!, yo tampoco los vi hoy*” fue la respuesta de quienes se dignaron a hacerlo.

Y en segundos, todos habían dejado el lugar desierto. Lucía volvió a su consultorio; algunos pacientes la están esperando. Y al ingresar, dice...

— ¿Gutiérrez?, pase por favor! Tome asiento...a ver, cuénteme que es lo que le anda pasando

Pasan los minutos y también las horas. Hoy tiene guardia y busca derivar algunos de sus pacientes para poder administrar mejor su cansancio. La noche es larga y más aún después de haber tenido un fin de semana tan ajetreado. Observa la hora y decide tomar una ducha para prepararse para la noche. Cuando sale del baño, su teléfono móvil suena insistentemente. No reconoce el número desde donde la llaman pero igual responde...

— ¿Aló?—dice Lucía

— ¿Las viste?— pregunta una voz metálica y distorsionada

— ¿Quién habla?

—No importa, ¿Las viste?

—Si vi, ¿qué?

—Sobre tu escritorio y debajo de unos papeles hay un sobre. Buscálo y mirá que hay adentro. En dos minutos vuelvo a llamarte— Y corta la llamada

—Hola, hola! Insiste Lucía con preocupación.

Corre hasta su consultorio y busca el sobre y lo abre. Su corazón se detuvo por un instante. Son fotografías de ella, Augusto y Manuel tomadas en la piscina. No son de buena calidad pero la suficiente como para distinguir claramente sus rostros y actitudes. Su teléfono vuelve a sonar

—Sí, las vi. ¿Qué es lo que querés?

—50.000!

—50.000, ¿qué?

—Dólares!

— Y ¿de dónde creés que puedo sacar ese dinero?

—Es tu problema. Mañana te vuelvo a llamar para decirte dónde los dejás!

—Ho...hola!— La comunicación se había cortado ya.

Lucía se deja caer en un sillón y por precaución se toma la presión. Su corazón late rápido y no logra pensar con claridad. Está angustiada y no imagina como eso puede haber sucedido. Entonces, recordó las palabras de Gastón cuando le contó quien le había vendido el sistema de seguridad...

—“Gerardo!— pensó — *este reverendo hijo de puta fue! ¿Quién sino? Esas fotografías son capturas de pantalla de los videos que se grabaron desde sus cámaras*”.

Lucía, en su desesperación, lo culpó sin siquiera contemplar otra opción. Está angustiada y no logra pensar con fluidez para encontrar una solución a su problema; todas las alternativas que cruzan por su mente la asustan de sobremanera. No puede acudir a la justicia por obvias razones. Tampoco puede recurrir a Gastón y menos a sus amigos.

Pensó en Manuel pero Gerardo es un empleador de él y nunca podría estar cien por ciento segura de que no la vaya a traicionar. Entonces llamó a su única amiga confiable...

—Hola ¿Matu?

—Hola, Lucy, tanto tiempo! Qué casualidad, justamente ayer me preguntaba que te habría pasado que en esta semana no me habías llamado ni una sola vez.

—Matu, estoy con un problema serio! ¿Podés venir al hospital que

necesito hablar con vos de esto? Estoy de guardia y no puedo salir. ¿Podés?

—Sí, claro, Lucy! Me cambio y voy.

—Gracias, sabía que podía contar contigo!

Unos minutos después, alguien golpea la puerta del consultorio. Es su amiga. Entra y sin decirse palabra alguna se ciñe en un interminable abrazo con ella. Hasta que por fin, Lucía, enjugándose las lágrimas de sus ojos, dice...

—Matu, me mandé una gran cagada!— y comienza su relato desde el principio hasta que por fin...— Y ahora este hijo de una gran perra me mando unas fotos de la fiesta y me exige que le pague cincuenta mil dólares por ellas. Y no sé qué hacer...

—Ay Lucy, qué problema tan grande! Y, ¿si le explicás a Gastón? No se me ocurre qué decirte!

—Nooo, ¿estás loca? Ponte en su lugar! ¿Qué harías? No, esa posibilidad está absolutamente descartada. Además me acaba de proponer matrimonio y si sabe de esto será como si le clavara un puñal en el medio del pecho. No, tiene que haber alguna otra alternativa. Ayúdame a pensar, por favor!

—Lucía, lo único que se me ocurre es llamar a un tipo que conoce Juan, mi esposo! Es un ex policía y según él es un buen tipo que ha resuelto algunos temas complicados. No sé si te podrá ayudar, pero al menos es algo, ¿no?

—¿Lo podrás llamar y ver si quiere ayudarme?

—Sí claro, pero tengo que contarle a Juan de esto para no tener problemas en casa, ¿sabés?

—Sí claro, espero que tu marido no se ofenda.

—No, el gordo es un pan de Dios. Si cree que te puede ayudar, lo va a hacer.

—Dale, llamálo, por favor!

Unos minutos después, el teléfono de Lucía vuelve a sonar...

—Y nena, ¿ya tenés mi plata?

—Esperá un poco! Dame algo de tiempo! O ¿creés que es fácil para mí conseguirla?

—Tenés hasta mañana al mediodía, sino, tu marido va a tener un sobre en su escritorio, ¿me escuchaste?

—Sí, te escuché pero no sé si puedo conseguir todo para esa hora. Dame un poco más de tiempo, por favor!

—Mañana a las doce! Si no, ya sabés!— y corta

Dos horas después, alguien llama a la puerta y esta vez es Matu quien abre. Un hombre de mediana estatura, algo canoso y que, con pasos cortos, ingresa con su mano extendida a modo de saludo. Le hace una seña a su amiga para que los deje solos y entonces, dice....

—Antes que nada quiero aclararte que no te voy a dar mi nombre verdadero, solo me llamarás Gabriel. Tampoco te pediré dinero a cambio ni figuritas de ninguna índole. Mi manera de trabajar es solo una y solo puedo ayudarte si me dejás ayudarte. Esto es, o hacés lo que te indique o no hacemos nada, ¿estás de acuerdo?

—Ok, pero antes quiero saber qué es lo que tenés pensado, porque no quiero muertes ni nada por el estilo. Solo quiero recuperar mi vida y las fotografías y que de este tipo no escuche nunca más nada. ¿Creés que me podés ayudar?

—Sí claro!

—Ok, contáme ¿cómo voy a salir de esto?

—Primero decime si sospechás de alguien en particular. ¿Puedo ver las fotografías? No soy un baboso, solo quiero ver qué tipo de fotografías son; ¿puedo verlas?

Lucía, algo sonrojada se las acerca y se sorprendió porque Gabriel solo miró una y tan solo por unos segundos.

—Son capturas de pantalla. Seguramente de algún video de cámaras de seguridad. ¿Tienen cámaras en este lugar?

—Sí, y sospecho que el tipo que nos vendió ese sistema de seguridad es quien las tomó

—Quizás sea así, pero no creo que sea él quien te esté extorsionando. Sería demasiado obvio y además el primer sospechoso y estos tipos no quieren estos problemas. Ojo, que no estoy diciendo que no tenga nada que ver en todo esto, pero seguramente la persona con quien negociarás no sea él. ¿En dónde encontraste el sobre con las fotografías?

—Aquí, en mi escritorio y debajo de una pila de papeles

—¿Tienen cámaras afuera aquí?

—En los pasillos, sí, pero no tengo acceso a ellas.

—Solo decime quien es el proveedor del servicio

—Seguridam

—Ok. Espérame unos minutos que llamo a alguien y veo que podemos

hacer.

Gabriel sale del consultorio por unos momentos y al rato regresa...

—Tenemos imágenes de todos quienes ingresaron hoy a tu consultorio. En los videos de ayer nadie ingresó, asique miremos las caras de todos aquellos que entraron hoy porque estoy seguro que entre ellos está el tipo que te dejó las fotos. Solo tenés que reconocer a tus pacientes habituales o a los que hayas podido comprobar una dolencia real. Y los que no, son sospechosos. Fíjate, por favor!

Lucía reconoce a la mayoría a excepción de tres que no recuerda haberlos visto jamás. Dos son mujeres.

—Ok, Lucía, necesito tener acceso a los legajos de todos los empleados del Hospital, incluso a los ordenanzas. ¿Crees que me puedes conseguir eso?

—No se me ocurre como!

—Te pregunto: de los tres que no recuerdas haber visto jamás, ¿existe la posibilidad de que los haya atendido otro médico en tu consultorio?

—No, si un colega necesita el consultorio por alguna razón siempre me lo informan. Exceptuando a los días en que no vengo a atender.

—Ok, descartemos entonces esa posibilidad. Entonces haremos lo siguiente... fingirás que te falta una documentación, legajo de un paciente o cualquier cosa que se te ocurra que no despierte sospechas en los demás y preguntarás a quien corresponda, por los ordenanzas que estuvieron en esta área en este día. Si te dan los nombres y no los reconoces les pides que te muestren su legajo donde seguramente figurará un teléfono de contacto y una dirección que pueda servirnos. La excusa para hacer esto es que debes preguntarles ya mismo si por error tiraron o se llevaron esa cosa que te falta. De esa manera sabremos si alguna de las caras que nos falta identificar corresponde a algún empleado de la limpieza. Ve que yo aguardo en la sala de espera.

Lucía obedece y un rato después regresa.

—Una de las mujeres es empleada del hospital y el hombre es uno de ordenanzas. Cuando les dije que me había ocurrido los citaron de inmediato y tuve que hacer la parodia y preguntarles.

—Ok, creo que tenemos a quien te dejó las fotos entre tus papeles. Es muy probable que te esté vigilando para informar de tus movimientos. Fingiré ser un paciente tuyo para no despertar sospechas. Deberé fingir que voy a otra dependencia a hacerme algún estudio y mientras tanto sales y

disimuladamente procurarás ver si la reconoces entre la gente que está allí afuera. Toma esto y guardalo en uno de tus bolsillos. Es un localizador; si la reconoces oprimes este botón y te quedas cerca de ella que seguramente te estará mirando con disimulo. Vendré a tu encuentro y fingiremos que me entregas un papel y me ocuparé de seguirla. ¿De acuerdo?

—Sí. Y ¿si el que la encuentra primero eres tú?

—En ese caso seré yo quien oprima el botón y así sabrás que la hallé y que la estoy siguiendo. Te llamaré a tu teléfono móvil y te aviso para que dejes el nosocomio y procures perderla de su vista. Si eso ocurre ella deberá avisar a su cómplice de lo que ocurrió y seguramente se encuentren. Así tendremos a nuestro hombre y pondremos en marcha un plan. ¿Fui claro?

—Sí, Gabriel

—Manos a la obra, entonces.

Ambos salen del consultorio y cada uno toma un camino diferente. Pasan los minutos y nada. Lucía se intranquiliza y ya no disimula que está buscando alguien entre el gentío. En eso, oye un timbre corto y agudo. Su pulso se acelera porque es la señal que esperaba; ahora deberá esperar un llamado al teléfono. Pero pasa el tiempo y eso no sucede. Imaginó que es porque está en un área con poca señal y entonces decide salir del hospital y camina por la explanada aparentando leer sus redes sociales. Observa la pantalla del aparato y ve que el nivel de señal está en el máximo. Se intranquiliza. No sabe qué hacer y piensa que si Gabriel no la llama es porque lo han descubierto y estará en dificultades pero tampoco puede hacer nada para ayudarlo si desconoce su paradero. Regresa y recorre presurosa todos los pasillos de cada una de las plantas del edificio pero nada, ni un solo indicio de él. Hasta que de pronto, recibe un llamado. Responde apurada creyendo que era Gabriel...

—Hola, ¿dónde estás?

—En la oficina, mi amor, ¿dónde podría estar sino?

—Ah, Gastón! Qué tonta fui!—respondió cuando se dio cuenta de sus error— Perdóname, amor, creí que era María que me tiene que traer unos estudios de un paciente que necesito urgente y la estaba esperando. ¿Estás bien?

—Sí claro, ¿y vos? Te noto algo rara, ¿puede ser?

—Nooo, es que necesito esos estudios rápido y estoy intranquila. Bueno, amor, te dejo por si ella me llama, ¿sí?

—Sí, sí claro! Nos vemos más tarde.

—Sí, hasta luego amor!

Lucía corta intempestivamente la llamada y no acabó de hacer eso cuando éste vuelve a sonar, pero esta vez, por precaución, aguardó a escuchar de quien proviene antes de hablar.

— ¿Y, nena? ¿Ya tenés mi dinero? Te veo muy tranquilita y deberías estar buscando mis dólares, ¿no?

— ¿Cómo es que me ves?

—Nena, tengo ojos en todas partes y sé que estás caminando de un lado a otro, que seguiste atendiendo a tu enfermitos y que acabas de hablar con tu futuro maridito. ¿Querés que te diga algo más? ¿Te das cuenta ahora con quien estás hablando? Más vale que me escuches y me tomes en serio. Tenés dos horas para conseguir todo, sino Gastón va a tener un sobre muy interesante en su escritorio esta misma tarde. Dos horas, nena, dos horas!

—No puedo conseguir todo en tan poco tiempo!... ¿hola?... ¿hola?— pero ya no se escucha nada más del otro lado de la línea.

Está desolada, Gabriel no señales de vida, no tiene el dinero, sabe que la están vigilando y además desconoce cómo lo hacen. Todas las miradas son sospechosas; todos son sus enemigos y huye de todos quienes se le aproximan para una consulta. Su corazón late a velocidades de angustia. Sus manos se vuelven cada vez más sudorosas y sus glándulas producen tanta saliva que por momentos parece ahogarse en ella. No se le ocurre nada y entonces busca en su directorio el número de teléfono de Gabriel pero recién ahí cae en la cuenta que nunca lo ha llamado y que tampoco sabe a dónde hacerlo. Y a su mente vino la imagen de su amiga Matu y decide llamarla para que ella le envíe un mensaje a Gabriel. Pero en el último instante se arrepintió creyendo que el extorsionador ha intervenido su teléfono, entonces corre hasta el consultorio y utiliza el teléfono del hospital para hacerlo.

—Hola, ¿quién habla?— pregunta al no reconocer quien llama

—Matu, soy Lucía!

— Lucy, ¿pudiste resolver tu problema? ¿Por qué me llamas desde este teléfono?

—Porque creo que el tipo que me extorsiona me intervino el celular

—Ay, no! Qué horror!

—Escúchame, Matu, necesito que le avises a Gabriel que estoy esperando su llamado para saber qué hacer. Ya han pasado dos horas desde

que dijo que me llamaría y viendo de lo que es capaz este delincuente, temo que le haya pasado algo.

—Sí, sí, ya lo llamo

—Matu, escúchame, no me llames. Espera mi llamado. En cinco minutos te llamo nuevamente, ¿sí?

—Sí, Sí, como tú digas.

Pasan unos minutos y vuelven a hablar.

— Y, ¿pudiste pasarle mi recado?

—No, Lucy, tampoco yo puedo encontrarlo. No responde su teléfono móvil y le dejé un mensaje en su llamador y nada. No sé cómo puedo ayudarte.

—Sigue intentando y si logras ubicarlo, córrete hasta aquí y hablamos.

—Ok, amiga! Así lo haré.

Mientras tanto, Lucía se apresura a llegar antes el cierre de la sucursal del banco donde tiene sus ahorros. Sabe que con lo que tiene depositado en su cuenta no le alcanza pero supone que puede solicitar un préstamo personal por el resto. Para su sorpresa se ha excedido el límite y esta opción ya no es factible. Solo tiene una sola alternativa y es recurrir a los ahorros que tiene con Gastón en común. Esta cuenta jamás se toca a excepción de extrema necesidad. Ella sabe que nunca piden saldo allí y solo se preocupan de depositar sus excedentes mes a mes y si todo sale como espera, entonces podrá cubrir el faltante un poco más adelante sin que Gastón lo note. Pero olvidó que Gastón había retirado una gran parte del dinero que allí había para costearse el viaje a España. Él odia pagar a plazos y solo confía en el dinero contante y sonante. Cuando Lucía comprobó que juntando el dinero de las dos cuentas apenas si consigue llegar a la mitad de lo que el extorsionador le exige, la invadió una sensación de odio hacia Gastón y sus costumbres del Medioevo para manejar sus finanzas. No obstante, extrajo todo de ambas cajas y regresó al Hospital. Imagina que aún tiene esperanzas de salir victoriosa si Gabriel se pone en contacto con ella para poner en práctica el plan que evitará su desastre personal. Pero esto no ocurrió y el plazo se cumplió y con él, el fatídico llamado...

—Bueno, nena, ¿qué es lo que querés que haga? ¿Me vas a pagar o le mando el sobre a Gastón?

—Solo pude conseguir la mitad! Si me da un poquito más de tiempo tal vez logre sumar algo más! Este dinero lo tengo encima y puedo entregárselo

ahora mismo.

— ¿Me estás tomando el pelo? Ok, esta noche cuando llegues a tu casita seguramente Gastón no va a llegar con tan buen humor como habitualmente lo hace.

—Nooo, espere! Acepte esto como adelanto y en unos días le consigo el resto, pero necesito tiempo. No es fácil conseguir cincuenta mil dólares en un día. Nosotros no somos tan solventes como usted piensa. Solo dígame a dónde llevarlos y en unos días le entrego el resto, por favor!

—No ocupes el teléfono. Enseguida te llamo y te digo que hacemos.— y corta la llamada bruscamente.

Tan solo fueron cinco minutos pero a ella le parecieron una eternidad. En ese tiempo creyó que se había arrepentido y que para escarmentarla le había enviado las fotos a Gastón pero pronto comprendería cuán lejos estuvo de hacerlo...

—Ok, en unos minutos te van a pasar a buscar y me traés la plata

—Y ¿cómo los voy a reconocer?

—Ja, ja, ja! Quédate tranquila que ya verás como los reconoces!

Al rato, alguien llama a su puerta. Es la mujer de la fotografía que la bruscamente la toma del brazo y colocando su dedo índice sobre sus labios le indicó que debería guardar silencio y acompañarla hasta el automóvil que los aguarda en la calle. Al volante había un hombretón de gesto recio y con un traje azul a rayas bastante pasado de moda. Sus lentes oscuros le dan un aspecto de gangster pero es evidente que solo es un aprendiz porque olvidó que ellos siempre cubren sus cabezas con un sombrero fedora Borsalino, como en las películas de la mafia. A Lucía la ubican en el asiento trasero junto a la mujer que la fue a buscar. Solo habían recorrido cien metros y luego de doblar la esquina, cuando la mujer la toma por los cabellos y la obliga a recostarse sobre su falda. Está claro que no quiere que vea hacia donde se dirigen. Un cuarto de hora después el automóvil se detiene. Lucía, por simple reflejo, intenta levantarse pero la mujer la obliga a permanecer así hasta que el chofer les indique que no hay moros en la costa y entonces, le cubren la cabeza con una capucha y la arrastran hacia el interior de la vivienda. Allí la sientan en una silla y le amarran las manos por detrás de ella. No escucha ruidos pero percibe que no están solos. Los sonidos de la calle se apocan cuando alguien se interpone entre ella y la ventana. Y entonces, cuenta al menos a tres personas y esto lo deduce porque las sombras de los

sonidos son diferentes en cada caso. Pronto lo comprobará cuando le quiten el cobertor de la cabeza.

—Bueno, nena, ¿dónde tenés la plata?

—En mi cartera— responde Lucía

Se escucha el ruido del cierre cuando se corre y el crujido del papel de los billetes al ser contados. Y por fin...

—Muy bien, nena, te voy a contar como me vas a pagar el resto!

—Sí, sí, dígame!—responde Lucía con la esperanza que luego de eso la liberen.

—Acabo de mostrarles a unos amigos míos un anticipo del videíto que hiciste y la verdad, nena, es que los gritos que pegaste los convenció tanto que están dispuestos a pagar por vos todo lo que me debes.

— ¿Quéé? Nooo!— interrumpe con un alarido Lucía— Ya le dije que le puedo conseguir el resto en unos días.

—No, nena, a mí nadie me paga en cuotas. Si tenés la plata ahora te dejo ir, sino vas a tener que negociar con ellos. Tenés dos opciones: o accedes calladita la boca o te vacuno aquí mismo y te vas con ellos totalmente drogada; vos elegís!

Lucía siente que su cabeza está a punto de estallar. Si tan siquiera hubiera imaginado este final jamás habría subido tan dócilmente al auto que la trajo hasta aquí. Y ahora no tiene opción. Pide a gritos que no la droguen y sollozando ruega que le den una oportunidad pero como única respuesta escucha sus risotadas burlonas. Ya no logra razonar y todo lo que dice no tiene sentido como cuando preguntó qué debería hacer para se termine su calvario. Pronto comprendió que ha pregunta tonta, respuesta tonta

—Uhhh, supongo que cuando te pases a, digamos, ¿veinte amigos?

—Noo, me dijiste que podía negociar con ellos... Eso es un delito federal!

Nunca supo porqué había dicho semejante estupidez; es probable que, en su desesperación, haya sido lo primero que le vino a la mente y como única esperanza de salir indemne de esto. Quizás pensó que se amedrentarían si les informaba sobre la gravedad del delito que estaban por cometer!. Quizás creyó que a ellos solo les interesaba el dinero. Y entonces le asaltó la culpa y se dijo...*quizás debiera haber leído ese maldito mensaje de texto antes de dejarme abrazar por el delirio concupiscente de aquel día en el campo.* Y no pudo evitar que las lágrimas le nublaran la escasa visión que tenía a través de

la capucha. Detrás aún retumban en sus oídos las risotadas de quienes allí estaban. Reían por sus dichos y eso la enervó, aún más, consigo misma. Se siente estéril e impotente. Sabe que su destino está sellado y no logra concebir una idea que sea válida para salir de semejante embrollo. Por más que lo intente no encuentra una salida y las pocas cosas que imaginó son tan disparatadas que caen en el desecho por sí solas. Pero de pronto, las risas callaron y siente como se aproximan a ella. Permanece inmóvil para poder escuchar hasta el más mínimo sonido que la alerte de un peligro mayor. Y entonces, una mano le apretó uno de sus pechos. El dolor fue intenso pero lo soportó estoicamente; no les daría el placer de verla sucumbir ante su cobardía. Y luego le presionaron el otro y luego los dos juntos y en un abrir y cerrar de ojos le abrieron la camisa de un solo tirón. Y después la obligaron a ponerse de pie y le quitaron el resto de sus prendas. Ella siente asco cuando con sus sucias manos recorren palmo a palmo su cuerpo desnudo. No se resiste, ni se queja ni demuestra sensación alguna. Pretende con ello que hasta una ameba sea más atractiva que ella; cree que quizás así logre hacerlos desistir. Pero de pronto un feroz golpe en su rostro la derribó.

—Hija de puta, si no mostrás algo de interés te matamos aquí mismo, ¿me oíste?

Lucía percibe un chorrillo caliente que escapa de su nariz; imagina que es su sangre. Pero no sintió dolor. Su cabeza aún está cubierta por la capucha y por eso la sorprendió y nada pudo hacer para evitarlo. Y tampoco sintió dolor cuando un punta pié le magulla el muslo izquierdo ni cuando con otro golpe le cierra uno de sus ojos y así con todos los golpes que le aplicaron uno tras otro y en todas partes. Siente a su rostro acalorado por el castigo y apenas una molestia en su pecho. Se extraña de que eso le suceda. Quizás el organismo reaccione de esa manera para que resista la golpiza. Ya sabe que todo eso no es por sexo, sino que con esto lo que pretenden es que el miedo se apodere de ella y pague el resto. Y de alguna manera sintió alivio por ello. Solo debe resistir y supone que así los convencerá de que no miente. No obstante, aún queda el riesgo de que Gastón sepa de su desliz porque seguramente intentarán extorsionarlo con hacer públicas las imágenes. O quizás se olviden de todo y se conformen con el botín obtenido. Se sorprende que esté pensando en esto cuando le llueven golpes desde todos lados posibles, pero entonces comprendió que su miedo se había esfumado. Y ya nada le importa. Se entrega a su destino, sea cual fuere. Pero de repente, el

sonido atroz de un golpe la sobresaltó; imagina que fue la puerta de acceso que fue derribada y entonces el infierno se desató a su alrededor. Fueron tantos disparos de armas de fuego como corto el tiempo que duró. Y luego el silencio por unos segundos y enseguida órdenes de rango por todas partes. Es la policía que irrumpió en el lugar y los abatió a todos. Alguien la toma de la mano y mientras la cubre con una manta, la ayuda para pararse al mismo tiempo que le quitan la capucha y recién entonces comprendió la gravedad de sus golpes porque a duras penas divisaba algunas figuras a su alrededor. Un guardapolvos blanco le hace preguntas que no entiende y pronto el ulular de las sirenas la conducen hasta un centro de salud. Atinó a decir algunas palabras pero la máscara de oxígeno le tapó la boca. Pronto la visión desapareció y lo mismo los sonidos a su alrededor. Quizás pasaron solo unos minutos o quizás varias horas cuando despertó y escuchó el típico sonido de un respirador artificial. Pero éste no está conectado a ella sino que es para un paciente que está detrás de las cortinas. Supo así que donde está internada es una sala de terapia intensiva y eso la alertó. Buscó entonces a una enfermera para hablar pero cuando quiso levantarse para ver mejor, un dolor agudo en su costado derecho la inmovilizó. Fueron los numerosos puntapiés que recibió sobre las costillas que se lo impidieron. Pero alguien vio que había abierto sus ojos y se acercó. Lucía la reconoció de inmediato y se alegró por ello; está en buenas manos y en un nosocomio que le es conocido. Y entonces procuró relajarse y descansar. Pero no lo hizo por mucho tiempo porque Gabriel, ante la imposibilidad de entrar a esa área, le hizo llegar una esquila en papel que las enfermeras cubrieron con una bolsa transparente y esterilizada. Una de ellas se la acercó lo suficiente para que pueda leerla: *“encontré tus videos en el disco rígido de la computadora que había donde te hallamos y te los voy a entregar cuando te recuperes. A Gastón le dijimos que te habían secuestrado. Tu dinero está a salvo. Cúdate y cúrate pronto, Gabriel.*

Lucía al fin pudo relajarse pero su ansiedad puede más y pidió que lo dejen pasar aunque más no sea por un momento, pero se lo negaron. Azucena, la enfermera que la cuida, le explicó que Gastón, antes, había pedido ingresar y corrió con la misma suerte. Entonces, pidió su parte médico y lo leyó: Fractura del hueso Cigomático izquierdo en la apófisis frontal, fractura del hueso nasal, magulladuras entre la tercera y cuarta costillas verdaderas izquierdas y traumatismos y contusiones varias sin lesiones en los

órganos internos. Comprendió entonces el porqué de sus dificultades para hablar y moverse, pero supo también que ninguna de sus heridas revestía gravedad y que en pocas horas seguramente pasaría a una sala común y entonces podría hablar con todos. Imaginó una charla profunda con Gastón, aún a riesgo de que todo termine allí. Ya no quiere seguir mintiéndole sobre lo que ocurrió esa tarde.

Recordó todo lo que había sucedido con sus vidas, tan solo en los últimos días y pensó en todos los descubrimientos personales que acarrearón esos sucesos; doce años juntos y en menos de cinco días ambos descubrieron qué los estimulaba sexualmente; doce años juntos y en menos de cinco días se mintió a sí misma en pos de satisfacer su ego y arriesgó todo lo que juntos habían construido; doce años juntos y casi pierde la vida por ocultar su pecado y no enfrentar sus consecuencias.

Una hora después la trasladan a una habitación privada donde la espera Gastón con un enorme ramo de rosas en su mano. Tiene sus ojos enrojecidos y húmedos. Los enfermeros la recuestan y antes de partir revisan minuciosamente los valores del instrumental de la cabecera de la cama. Aún permanece con suero fisiológico y por precaución la dejan conectada al cardiógrafo porque ha sido sometida a dos cirugías de reposición malar y una reconstrucción del hueso nasal. Un saludo de cortesía y cierran a puerta detrás de ellos. Gastón está aturdido y no reacciona. Solo la observa en silencio. Lucía mira de reojo el ramo de flores que aún conserva en sus manos y recién entonces él comprende que aún no se las ha entregado.

—Uy, perdón! Estas son para ti. No sé si las quieres ahí contigo o ¿dónde?— es evidente su nerviosismo y consternación. Gastón puede ser feroz en una batalla legal defendiendo los derechos de sus asistidos pero su apoplejía es total y absoluta cuando sus afectos se ven comprometidos por hechos desgraciados como este. Con evidente dificultad para articular palabras, Lucía intenta tranquilizarlo...

—Gracias amor! Dame un beso con cuidado y las flores colócalas en ese florero de allí. En menos de lo que imaginas, estaré muy bien. No es grave lo que tengo.

—Menudo susto me has dado, mujer! Gabriel me contó todo ya. Fuiste muy valiente al querer pagar por mi secuestro tu sola. Qué pena que no contesté el llamado cuando quisiste corroborar la autenticidad de lo que ellos decían; se hubiera evitado todo esto. Me siento muy culpable y te pido

perdón!

Lucía, comprendió entonces la estrategia de Gabriel para salvar su buen nombre y que no se arruinara su futuro matrimonio. Aún con muchas dificultades para hablar por la hinchazón en su rostro, le dice...

—Ya pasó y no fue tu culpa y tampoco tengo nada que perdonarte!

Y ya ninguno dijo nada más. Gastón no quiso forzar una conversación a sabiendas de los impedimentos de Lucía y ella prefirió aguardar a una mejoría para hacerlo y no cargar más las tintas de las que ya estaban. Horas más tarde, Lucía lo llamó a su lado y en un tono muy bajo sugirió...

—Gastón, sé que estás con mucho trabajo y quizás prefieras volver a la oficina. Por mí no te preocupes, que estoy bien cuidada. Ya se vienen nuestras vacaciones y seguramente no querrás dejar pendientes para cuando regresemos de ellas.

—Sí, creo que es una buena idea. Nos vemos más tarde, amor!

—Sí

Minutos después que se fue, ingresa Gabriel...

—Hola Lucía, ¿cómo estás?

—Ahora un poco mejor. ¿Me podés contar qué pasó después de que nos separamos? Estuve esperando tu llamado y me desesperé...

—Sí, lo sé! Pero nada pude hacer en ese momento. Cuando descubrí a la mujer de la fotografía siguiéndote, oprimí el pulsador del localizador para supieras que la había encontrado. Pero luego vi que se había acercado demasiado a ti y que no te habías dado cuenta. Decidí seguirla para entender hasta donde se atrevería a llegar. En eso, apareció en escena un hombre de traje oscuro y gafas, el mismo que conducía el automóvil en que más tarde te llevaron. Le dicen “el chafa” y es conocido en el mundo del crimen como tratante de blancas y además se cree que tiene un par de muertes en su haber. Ahí supe que algo mucho más siniestro se estaba gestando y llamé a algunos de los muchachos de la policía en quien puedo confiar ciegamente. Llamé a tu celular pero no respondiste, no sé si porque estabas hablando o no tenías suficiente señal. Luego la mujer ingresó en tu consultorio y ya no sería posible advertirte. Cuando ustedes salieron, un par de tipos me sorprendieron desde atrás y me llevaron a un sótano del hospital. Seguramente “el chafa” me había visto y tomó recaudos sacándome del camino.

Cuando estaban por ultimarme, entró alguien de mantenimiento o algo así y huyeron. Pero ya era tarde para hacer algo por ti; te habían subido al

auto y no alcancé a más que verlos doblar la esquina. Mi auto estaba en el estacionamiento y tardé mucho en salir. Ustedes ya habían desaparecido. Por suerte aún conservabas el localizador pero este aparato no tiene un gran alcance así que tardé bastante en encontrarte. En eso, llegaron mis amigos de la policía y el resto ya lo sabes. No obstante, nadie supo jamás el porqué de tu situación. A todos dije que te habían secuestrado porque no habías conseguido reunir todo el dinero que te habían pedido de rescate por el secuestro virtual de tu marido. Cuando sacaron el último de los muertos, me quedé “limpiando” todo el lugar. Encontré una computadora y para evitar riesgos le quité el disco rígido y luego comprobé que allí estaban las filmaciones. Revisando sus archivos comprendí que quien te extorsionó, es el mismo tipo que contrató Gerardo para instalar el sistema de seguridad por cámaras en el campo. Él había ingresado un código de acceso diferente al de Gastón y también diferente del de Gerardo. Este tipo podía entrar al sistema sin que nadie se diera cuenta. Su plan era cobrarte por el rescate de una copia de la filmación, luego extorsionar a Gastón de igual modo y vender el resto de las copias a algún sitio de pornografía. Como no conseguiste todo el dinero entonces ideó otra manera de cobrarse y te vendió a los jefes de “el Chafa” para incluirte entre las muchas mujeres que desaparecen y que luego explotan en sus tugurios. Sé que te prometí no eliminar a nadie pero no nos quedó otra opción; cuando ingresamos nos recibieron a balazos limpios y tuvimos que responder en defensa propia. Gerardo nada tiene que ver en todo esto.

—Y ¿estás seguro de que no quedó ninguna copia dando vueltas por ahí?

—Sí, estoy seguro porque todo su plan estaba en ese disco. Estos tipos son muy desconfiados y no entregan nada sin antes ver el dinero. Y cuando venden a una mujer, no mandan fotos de muestra ni nada, por temor a que les birlen el negocio. Para ellos esto es así: “vení, mirá y si te gusta pagás y te la llevás”. Las copias estaban todas juntas en un archivo con diferentes nombres. No suelen hacer otras por miedo a que los atrape la policía con esas pruebas encima. Si está en una computadora, puede ser discutible si son tuyas o no; ¿me entendés?

—Sí, gracias Gabriel! No sé que hubiera sido de mí sin vos.

—Ya pasó, no pienses más en eso. Solo te aconsejo desconectar el sistema que les vendieron porque es muy permeable. Deben comprar uno reconocido en el mercado y cuando lo vayan a instalar, me avisan que yo les

explico cómo hacerlo. Nadie más que ustedes deben conocer donde están las cámaras y los códigos de acceso. Ahora, a recuperarse que la vida continúa.

—Gracias, nuevamente gracias!

En eso, unos golpecitos tenues en la puerta. Gabriel se levanta desde la silla donde estaba sentado y se dirige a la puerta y abre. Dos hombres con guardapolvos verdes clínica han llamado. Gabriel los reconoce y le pide que aguarden y regresa.

—Lucía, son tus amigos del campo! ¿Los dejo pasar?

—Sí, por favor!

—Ok, entonces los dejo solos. Mañana si hago un poco de tiempo vengo a verte. Cuídate!

—Gracias, Gabriel!

Sale de la habitación y al pasar al lado de Augusto y Manuel, les hace un gesto para que pasen pero sin decir ni una sola palabra y continúa su camino. Seguramente fue una reacción similar a la que tendría cualquier padre celoso de su hija; después de todo Lucía tiene edad para serlo. Si Gabriel hubiera sabido que fueron ellos quienes la operaron, quizás hubiera actuado diferente. Tampoco Lucía sabe que ellos fueron quienes lo hicieron.

—Hola Lucía, necesitábamos saber cómo te sientes y decidimos venir a verte; no te molesta, ¿verdad?— dice Manuel

—No, chicos, por qué habría de molestarme! ¿Acaso no somos compañeros de trabajo?

Manuel y Augusto comprendieron que detrás de esa frase había un mensaje implícito. Nada pasó entre nosotros y solo somos compañeros de trabajo. Ninguno debe confundirse. Ambos saben que por sus lesiones, para Lucía, hablar puede ser una tortura asique solo permanecieron unos pocos minutos. Solo fue una visita de cortesía. Pero para ella, extrañamente, la visita fue como un bálsamo porque solo recordar lo que ellos le hicieron sentir es suficiente para que su mente vuelva a volar.

Tres días después recibe el alta y el director del hospital decidió otorgarle unas jornadas extras de licencia para su total recuperación. Lucía es joven y sus heridas sanaron rápidamente y además tampoco le quedarán secuelas ni de los golpes recibidos ni de la cirugía a que fue expuesta.

Ella sabe que su vida ya no será igual, pero quizás no tanto por el desagradable episodio que le tocó vivir sino más por los días previos a eso. Pasan las tardes y pasan las noches y Gastón y Lucía parecen haber

fortalecido su relación. La comunicación entre ellos es más fluida y abierta y sus encuentros sexuales más intensos aunque ninguno ha revelado por qué. Pero pronto descubrirán que los une el mismo motivo aunque por interpretaciones diferentes. Lucía rememora aquel día en la piscina y Gastón la imagina gozando con súper hombres y ambos se excitan con ello. Pero para ella aún queda pendiente la conversación que se prometió y tal vez el hecho de que sus vidas íntimas hayan mejorado, impida que tome la decisión de hacerlo. Está convencida que ahora es inconveniente arruinar este momento con algo que, supone, generará discordia entre ellos.

Cierta tarde de Enero y en el campo, Gastón sale de la piscina y se acerca a ella que dormita a los rayos de sol. Se siente bromista y le arroja sobre su cuerpo algunas gotas de agua que enjuga de su cabello. Lucía, sabe que Gastón no soporta que lo ignoren y no se inmuta. Nada, ni un solo parpadeo reflejaron sus risas interiores y se divierte con ello. Él vuelve a hacer lo mismo y ella responde de igual manera y poco tardó en comprobar que había sido un error porque la alzó y sin más la arrojó adentro del agua. Lucía no pudo evitar recordar, una vez más, esa tarde en la piscina y una corriente erótica le recorrió cada una de sus células. Gastón, al ver que ella lucía divertida se arrojó y la besó con ternura pero ella respondió con pasión y pronto eran dos cuerpos unidos por el ardor y el paroxismo amoroso. Lucía, sorprendida por su fervorosidad, alcanza orgasmos múltiples y de gran intensidad. Ambos recuperan el resuello flotando a la deriva y con los dedos de sus manos entrelazados entre sí. Y entonces, Gastón rompe el silencio...

— ¿Te acordás cuando me dijiste que en la fiesta que diste aquí te habían arrojado al agua y te habían hecho el amor desenfrenadamente?

—Sí, ¿por qué?

—Bueno, nunca te lo dije pero en ese momento tuve una erección como nunca había tenido.

—Ay qué lindo, Gastón! ¿Te excitaste con eso?

—Sí, y ¡cómo! Ja, ja, ja

—Y antes, ¿te había sucedido algo igual?

—No y a decir verdad estuve varios días enojado conmigo mismo por lo que había descubierto. Y debo confesarte que desde que regresé de España y cada vez que hicimos el amor, pienso en eso y el resultado está a la vista, ¿no?

— ¿Me vas a decir que ahora solo te excito si me imaginas con otros

hombres?

—No dije eso; solo que descubrí que también eso me excita de vos y quizás sea porque te amo y necesito verte satisfecha sexualmente.

—Gastón, quiero que sepas que me satisfaces sexualmente pero bienvenido sean tus pensamientos eróticos si eso ayuda a que tu performance mejore. Cuanto más, mejor!

—Sí, pero aún falta algo más; muchas de estas últimas noches tuve sueños recurrentes con el mismo escenario y me he despertado muy excitado y tanto que hasta estoy un poco confundido. Debo confesarte que cuando fuimos a España me imaginé en situaciones eróticas con nuestras dos acompañantes mujeres sin saber que ellas tenían otra orientación sexual. Pero quiero aclararte que de no ser así, igual jamás hubiera intentado nada con ellas; solo pensé en cómo me sentiría en un contexto semejante y también me excité, pero nunca como cuando te vi en mi mente gozando furiosamente con otros tipos.

—Solo para entender mejor que me estás diciendo... ¿vos me estás sugiriendo que te excitaría verme en la cama con otros hombres?

—No sé si estoy preparado para eso pero no voy a negarte que alguna vez se me cruzó por la mente proponerte una experiencia así... solo sexo y nada más que sexo. Mirá, tal vez no lo sepas, pero el día que te internaron y que estuve en la sala de espera aguardando que salgas de cirugía, conocí a una colega que me presentó Francisco; ¿te acordás de Francisco?

—Sí, ¿el escribano?

—Sí

—¿Y?

—Francisco la conoce de toda la vida y también conoce al marido de ella. Parece ser que esta mujer era bastante fría en la cama, según le había contado él y además me dijo que los dos hasta ese entonces eran muy conservadores y hasta moralistas, te diría, pero una vez bromeando con que uno se acostaría con fulana y la otra con mengano se dieron cuenta que los excitaba ese juego y se animaron a experimentar el mundo de los swingers y parece ser que hoy ella es una fiera insaciable y él un potro salvaje.

—Sí, insaciable por él pero ¿y con los otros?

—No lo sé

—Bueno, y ¿a dónde querés llegar?

—A ninguna parte, solo era un comentario; no me tomes en serio.

Bueno, olvídate que te conté eso; solo quería entender si lo que me ha estado pasando era preocupante o no y creí que si lo hablaba contigo podía aclarar mis sensaciones pero sé que te molesta hablar de eso y prometo no tocar más el tema. Cambiando el eje de la conversación...te pregunto: ¿no deberíamos invitar a los médicos que te operaron y también a las enfermeras para agradecerles lo que hicieron por ti? Imagino algo así como almorzar, cenar o simplemente a compartir un día de campo con nosotros. Me parece que se lo debemos, ¿no?

—Sí, claro, pero aunque te parezca mentira no sé quiénes fueron los que me operaron. Debería llamar a alguna de las chicas para que me den sus nombres.

—Dale, ¿por qué no lo hacés ahora mismo?

—Alcánzame el teléfono que si tengo señal aquí, llamo ahora.

Lucía sale del agua y toma una toalla para secarse un poco antes de tomar el aparato. Hace varios intentos pero sin suerte. No logra obtener suficiente señal. Gastón le alcanza su teléfono y le dice que pruebe con él. Pero Lucía, a sabiendas de que Gastón es un apasionado de la tecnología y siempre tiene modelos de última generación, prefirió que sea él quien haga las llamadas. Ella no se lleva bien con estos aparatos. Pronto se arrepentiría de haberlo hecho porque sin consultarla antes, entre otros, invitó a Augusto y Manuel, los actores principales de que Lucía luzca como luce hoy. Cuando se lo notificó, ella tragó saliva pero nada podía hacer para evitar que ellos se encuentren frente a frente. Fingió una sonrisa y le dijo que se alegraba mucho que hubiera podido invitarlos. No obstante, quiso confirmar que habían aceptado...

—Ah, qué bueno que los invitaste... ¿y vienen?

—Sí, sí! Tan solo falta que confirmen las chicas que te asistieron en la habitación y listo; pasaremos un día entero junto a la piscina después de saborear una gran asado que con mis propias manos cocinaré.

—Ja, ja, ja! ¿Vos vas a hacer el asado? Gastón, nunca hiciste ni un huevo frito y ¿ahora vas a hacer un asado? ¿Porqué no le decimos a don José?— rió Lucía creyendo que si lo involucraba a su empleado Gastón estaría a su lado todo el tiempo como cuando le encarga alguna tarea en el campo y siempre supervisa sin dejarlo respirar ni un momento.

—Quizás tengas razón...la idea es homenajearlos, ¿no? ja, ja, ja! Bueno, ya mismo le digo que carnee un cordero que es lo que más gusta.

—Ay, noo! Gastón, dijimos que si teníamos animalitos en el campo eran para que correteen libremente sin peligros. No!, quiero que la carne la compres en la carnicería! Sí, ya sé lo que vas a decir pero al menos no son nuestros animalitos.

Lucía sabía que lo que había dicho era una obviedad, pero necesitaba alejar a Gastón para poder hablar con Manuel para que no hayan malos entendidos. Pero su suerte estaba echada porque nunca logró comunicarse con él y al día siguiente era la reunión en el campo.

La mañana siguiente, amanece algo nublada pero a media mañana el sol rajaba la tierra. Se perfilaba una jornada ideal para piscina. Pasadas las doce, comienzan a arribar los invitados pero de Manuel y Augusto ni noticias. Llegan las trece y luego las catorce horas y nada. Todos se preguntaron qué habría de sucederles ya que eran los invitados estrellas. Lucía, que hasta ayer había rogado al cielo que no aceptaran la invitación, comenzó a preocuparse y hasta de alguna manera se sintió algo defraudada. Una rara sensación la envuelve; por un lado son un riesgo para ella y por otro una necesidad verlos nuevamente. Pero de pronto, una bocina los alerta; han llegado los homenajeados. Todo es algarabía y festejo y a media tarde casi todos estaban nadando, a excepción de Lucía que fingía ir de un lado a otro controlando que nada falte en las mesas pese a la insistencia de todos para que se una a ellos. Pero la realidad es que la presencia de Manuel la altera de tal manera que teme quedar en evidencia si se arroja al agua junto a él. De repente, el cielo se cubrió de nubarrones oscuros y truenos y relámpagos amenazan con arruinar la diversión. Por precaución todos salen del agua y se ponen a cubierto en la galería que rodea a la casa. Y entonces, una copiosa lluvia se precipita sobre el lugar. Todos, a excepción de Manuel que llegó en un vehículo doble tracción, decidieron retirarse por temor a los casi tres kilómetros de camino de tierra que hay hasta alcanzar el asfalto. El pánico a quedar atrapados en el lodo pudo más. Pero cinco minutos después que todos se hubieron ido, el sol aparece con más fuerza que antes. Fue una típica tormenta de verano que tan pronto llega, tan pronto se va, pero ahora el calor es más agobiante por la humedad que aportó el agua caído. Y Lucía, ya no se resiste y sube hasta su dormitorio a colocarse un bañador. Mientras tanto, en la galería Gastón y Manuel departen animadamente. Sobre la cama, está el teléfono móvil de Gastón y al verlo allí creyó que lo habría olvidado. Lo toma para bajarlo con ella y en eso el timbre de notificaciones anuncia la entrada de un mensaje.

Ella no resiste la tentación de ver de quien proviene y lo enciende. Gastón ha estado viendo imágenes y videos guardados entre sus archivos y ella pensó que eran de su reciente viaje a España y les echa una ojeada olvidando por completo para qué lo había encendido. Una tras otra las imágenes se van sucediendo y entonces pasa a la carpeta de videos. Los primeros dos son de la recepción del hotel pero cuando abre el tercero, su corazón comenzó a latir desenfrenadamente. Lo que está viendo le heló la sangre. Ya ha desaparecido su sonrisa complaciente y se siente turbada. Es el video por el que pasó tantas penurias. Intenta mantener la calma y procura analizarlo; debe averiguar si fue capturado directamente por su teléfono o si es parte de los videos del extorsionador. Entonces lo avanza rápidamente y descubre que las tomas están sin editar y además la calidad de la película es excelente. Es evidente que no son las mismas imágenes borrosas que captó el chantajista vía internet. Deduce que este filme solo pudo ser copiado del almacenamiento de la misma fuente que los grabó y esto solo pudo hacerlo Gastón en persona. Pero ¿Cuándo? Ella misma había corroborado que el sistema estaba apagado cuando aquella noche la inspeccionó. Es evidente que él lo hizo antes de ingresar en la casa aunque por su extensión no tuvo tiempo de revisarlo antes de encontrarse con ella. Y ¿Por qué nunca le hizo mención de él en todo este tiempo? Y entonces, todas las dudas la asaltan de golpe. ¿Qué tanto sabía Gastón del regalo equivocado? ¿Fue verdaderamente una equivocación de Gerardo? ¿O todo estuvo planeado meticulosamente en su mente estratégica de abogado? ¿Y si lo hizo para probar su fidelidad antes de contraer matrimonio? “*No, esto no puede ser—pensó—si así fuera hubiese dicho algo ni bien vio las imágenes*”. ¿Y si había planeado un encuentro sexual con sus dos acompañantes mujeres para satisfacer un deseo oculto antes de casarse y quiso darle la misma oportunidad a ella? Entonces recordó la fotografía que le envió esa tarde y que tanto le intrigó. Busca, entonces, en el archivo del teléfono y revisa velozmente todas las imágenes hasta que finalmente la encuentra. “*No puede ser la única—pensó—debe haber alguna otra*”. Y entonces halló una similar pero nada raro aparece en ella. “*Un momento, se dijo, ¿qué es eso que se ve allí?* Esa vista está tomada desde otro ángulo y se ve de fondo un espejo del que solo se aprecia una pequeña parte. Amplía la fotografía y ve reflejada el costado de un cuerpo tan desnudo como el de él y deduce que es de mujer a menos que quien sea está allí tenga curvas de mujer y sea totalmente lampiño. Gastón le mintió lo mismo que ella hizo con él. No

siente odio y se extraña. Quizás algo de alivio porque ahora están a mano. Pero aún resta dilucidar por qué sugirió invitarlos a Augusto y Manuel. Quizás planeó un encuentro de tres y no se atrevió a decirlo. Quizás solo fue una simple coincidencia. Quizás no y buscó la manera de que el destino decida y solo se limitó a poner todas las piezas de este ajedrez en su lugar y que la providencia las mueva a placer. Y su mente rebobina a velocidad inusitada todo lo que él dijo ayer mismo, más todo lo que hizo, desde confesarle que se excitaba con las imágenes de ella gozando con otros hombres (ahora comprende por qué) hasta cuando la arrojó al agua y luego le hizo el amor con frenesí cuando jamás había hecho algo semejante. Quizás descubrió que le provoca regocijo verla caer al agua cuando antes creyó, como ella, que era un acto de estupidez machista, o tal vez encontró placer al descubrir cuanto disfruta del sexo en la piscina; tal vez nunca lo sepa pero hay algo que tiene por seguro y es que no cree en las coincidencias y debe averiguarlo, aunque íntimamente ha comprendido que el juego, cual fuera sea éste, no le disgusta. De hecho, percibe a sus genitales con alguna alteración y más aún cuando imagina que todo fue pergeñado para que cuando ella salga de allí reviva la misma tarde de sexo que tuvo entonces. No cree que Manuel sea un cómplice de su artilugio, pero si antes la sedujo sin tener ni la más mínima compasión por los sentimientos de Gastón, mucho menos le importará hacerle el amor a sabiendas que es su propio deseo. O acaso Gastón, en su incapacidad para enfrentar su culpa por deleitarse viéndola hacer el amor con otro hombre, haya tramado todo para que ella no resista la tentación de exponerlo a una situación embarazosa y deba aceptar participar de una relación libertina que aunque lo desea le resulte inapropiada. No lo sabe, pero ya ha tomado una decisión y esa es que va a averiguarlo. Tiene puesto un bikini negro pero para su estrategia lo mejor es cambiarla por un bañador blanco, el mismo que ha usado cada vez que quiso seducir a Gastón en privado. Su tela posee un tramado demasiado fino y al mojarse se transparenta y eso Gastón lo sabe. Ella espera ver su reacción cuando sugiera arrojarse al agua y deduce que si él no reacciona es porque el juego ha comenzado y entonces solo faltará saber hasta dónde está dispuesto a jugar. Se cubre con una solera y baja a su encuentro. Está excitada y ya no teme quedar en evidencia. Peldaño tras peldaño imagina las mil maneras diferentes de hacer su aparición en escena. Afuera, en la galería, se escuchan las risotadas de Manuel y Gastón que han encontrado, en apariencia, temas en

común que los divierta. Ella pensó en adoptar una salida sexy pero a último momento consideró que eso reduciría sus posibilidades de retractarse y cambiar el plan. Entonces, salió con la más absoluta normalidad y mientras se sirve un refresco se quita la solera y pregunta si alguno la acompaña a la piscina cuidando de no aclarar si adentro de ella o afuera. Ambos quedaron en silencio por un momento pero ella a quien más observó es a Gastón. Espera ver su reacción antes de continuar. Íntimamente desea jugar aunque el juego solo sea de seducción y que concluya en un encuentro fogoso en la intimidad pero su cuerpo le exige arriesgarse a más. Pero Gastón la sorprendió cuando se acercó a ella y aprovechando una distracción de Manuel, le susurró al oído *“Yo lo distraigo y vos lo empujás al agua”*. Lucía lo miró sorprendida. Si hace eso será una declaración de guerra que difícilmente pueda saberse cuál sea su final y tampoco las armas con las que se dispute. Pero él no parece haberlo planeado todo y entonces comprendió que el juego había comenzado. Ya sus pulsaciones han comenzado a acelerarse y su respiración se entrecorta por la excitación. Sus sensaciones son diferentes a aquella vez; esta vez estará frente a su futuro esposo y donde estarán en riesgo sus valores y orgullo de varón. Ella los conoce desnudos a los dos y sabe de sus limitaciones y también de su poderío amatorio y teme que Gastón lo haya subestimado y cuando caiga en su realidad se arrepienta. Pero quizás no le importe y solo quiera verla gozar aún a riesgo de sentirse disminuido. Le hará caso pero deberá ser él quien decida hasta donde continuar. Entonces, se acerca sigilosamente por detrás de Manuel y lo sorprende cuando lo toma de unos de sus brazos y lo arrastra hasta el agua. Ella había planeado hacer esto pero sin tirarse pero el empujón que tomó fue tanto que también cayó adentro. Gastón mira la escena divertido desde afuera aunque ella mucho no pudo verlo porque Manuel la tomó por las piernas y la sumergió en venganza. Cuando emergió vio la entrepierna de su pareja y comprendió que por su erección esto es lo que buscaba. Ya no habrá límites y todos los entendieron así. Y así comenzaron los roces primero y enseguida fueron toques que se convirtieron en besos bajo el agua hasta que Gastón, que se había arrojado junto a ellos, la toma desde atrás y le quita con suavidad el bañador. Desnuda, sus sensaciones se intensificaron y ya dejó de ser una travesura; ya son dos hombres que le harán el amor y ella, en consecuencia, responde a sus impulsos. Ya son dos hombres con sus penes erectos y deseosos de acción. Ya son dos hombres que se dejarán llevar por sus

impulsos y competirán entre ellos por quien más la hace gozar. Ya son dos hombres que la tocan y besan en cada centímetro de su piel y ya son dos hombres que han comenzado a transportarla hasta los límites mismos de la lujuria y la concupiscencia. Y entonces, es Manuel quien la toma desde la cintura y la sienta en la escalinata de la piscina, abre sus piernas con dulzura y las besa en toda su extensión mientras Gastón lo hace sobre sus pechos erguidos y también su boca. De pronto, Manuel se acerca y posiciona su pene en medio de los labios de su vagina. Lucía lo detiene por un momento y mira a los ojos de Gastón. Su mirada hacia él encierra una última oportunidad de detener todo ahí mismo pero para su deleite, Gastón cierra sus ojos y vuelve a abrirlos mientras le dice por lo bajo: *“goza, mi amor, gózalo todo. Hoy no hay límites para ti. Lo que hagas con él me hará gozar a mí”*. Lucía cerró sus ojos y se apresta a sentir el primer ingreso con todo lo que ello significa. Y entonces, eleva sus rodillas y las separa aún más; quiere que esta vez, la penetración sea total y en el primer empujón. Manuel leyó bien el mensaje que sus apetencias escribieron y con suavidad pero sin contemplación, satisfizo sus deseos. La queja de Lucía se escuchó en cada rincón del parque circundante. El juego ha comenzado y quizás y solo quizás, sea un prelude de lo que su vida en matrimonio será. Quizás nunca sepa si este fue un obsequio equivocado.

FÍN